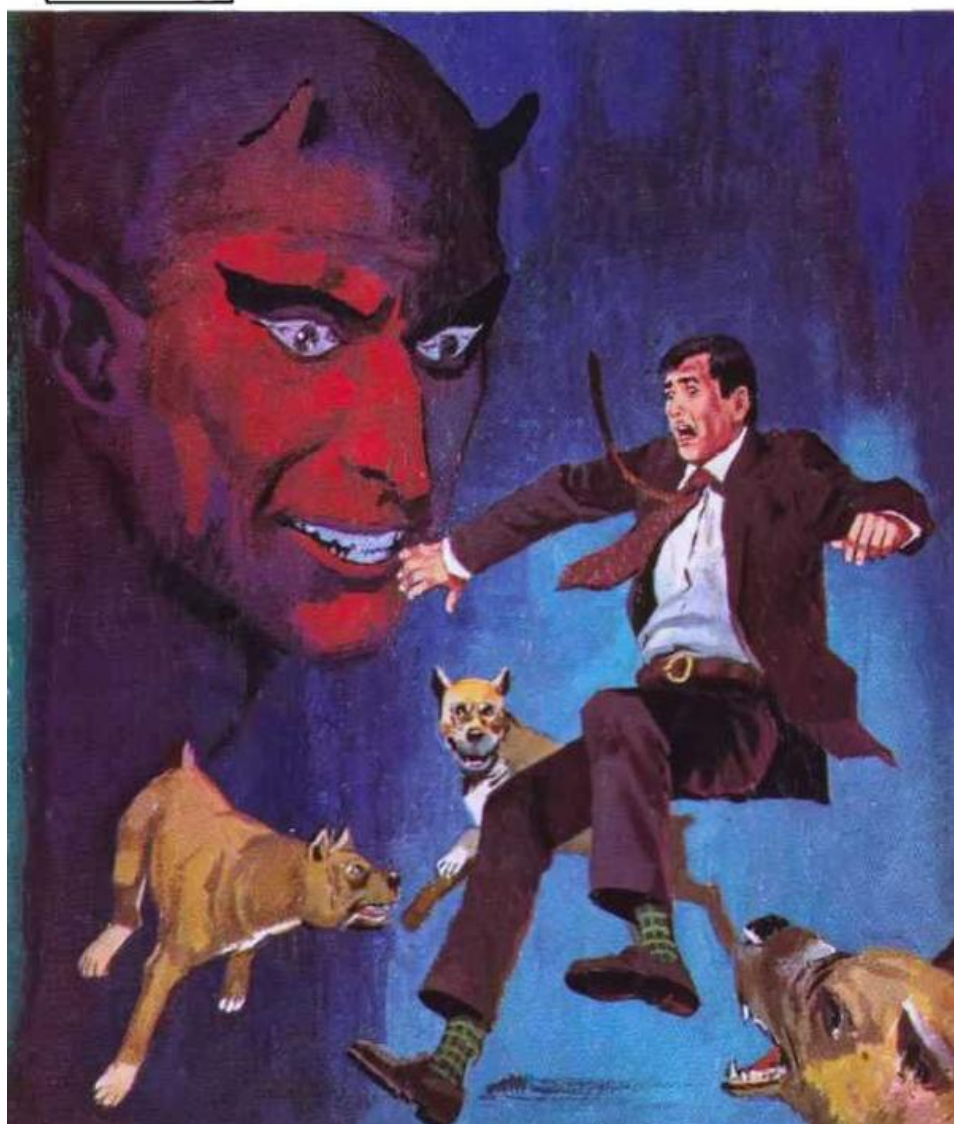




la máscara del diablo

Kelltom McIntire



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

KELLTON McINTIRE

LA MASCARA DEL DIABLO

Colección PUNTO ROJO n.º 566
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGÜERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 52.773 - 1972

ISBN 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: febrero, 1973

© KELLTOM McINTIRE - 1973

texto

© JOSE TRIAY - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

505 — Hotel Montrose, *suite* nupcial.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.122 — Roja es la venganza.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al Más Allá.

CAPÍTULO PRIMERO

Fue Rod Steele el que estuvo toda la tarde indagando mi paradero, teléfono en mano.

Cuando recalé en el *snack* de Bill Dillon, hacia las once de la noche, fue el propio Bill quien me lo dijo:

—¡Eh, Larry! Un tal Steele ha llamado telefónicamente una docena de veces. Quiere que le llames al número 837-0156. Le hubiera enviado a freír espárragos, pero añadió que se trataba de algo muy urgente...

—Está bien, Bill. Gracias por el recado. Llamaré ahora mismo —dije.

Una arruguilla de perplejidad debió aparecer en mi entrecejo, pensando en Rod.

Por una razón muy sencilla: aquel número, el 887-0156 era un teléfono que solo utilizábamos en caso de emergencia.

Por supuesto, aquel número no figuraba en la guía. Pero todos los agentes de Stanley Bates sabíamos que el teléfono disponía de una grabadora automática.

Servía, en general, para que cada agente depositase allí los mensajes de suma urgencia. Era, además, un excelente medio para difundir órdenes entre los hombres que trabajábamos para míster Bates.

Bastaba marcar aquel número y, si alguien había grabado algún mensaje, la grabadora lo reproducía inmediatamente. Al final, tras dos zumbidos de aviso, el comunicante podía efectuar, a su vez, su grabación.

Aquel chisme le había costado a Stanley Bates algo más de dos mil dólares.

Pero la *Bates Organization* contaba con unos ingresos muy saneados, gracias al volumen de trabajo que sus agentes podían realizar al cabo del año.

Stanley Bates, el fundador y dueño de la organización, no podía imaginarse, quince años atrás, cuando inició su trabajo como investigador privado, que un día su pequeña oficina de Santa Mónica iba a verse convertida en cuatro importantes agencias.

Al igual que en Los Ángeles, las agencias Bates de Sacramento, San Francisco y San Diego, ocupaban toda una planta en lujosos edificios, dedicados a oficinas.

Recuerdo que el día que penetré en el despacho de Stanley, dos años atrás, abrigaba en mi interior pocas esperanzas de ser admitido.

En primer lugar, estaban mis cabellos largos.

Mi indumentaria tampoco era muy ortodoxa: una guerrera «Mao», un cinturón dorado, unos pantalones tornasolados y acampanados...

Me admitió, sin embargo.

—¿Qué sabe usted hacer, míster... ejem... Owyhee? —preguntó, tras dirigir un distraído vistazo a mi flamante licencia, firmada por el jefe superior de policía de Los Ángeles.

—No tengo experiencia, si se refiere a eso, señor Bates. He escrito un pequeño informe, un *currículum vitae*. Si se molesta en leerlo, verá que hablo inglés, francés, español e italiano. Terminé mis estudios superiores y realicé diversos cursillos monográficos sobre investigación privada y técnica policial. Eso es todo, señor.

Bates me dirigió una larga mirada y dijo:

—Ajá.

Ya me levantaba para marcharme, cuando escuché su voz de nuevo:

—De acuerdo. Pasará a trabajar con Rod Steele. Percibirá... ejem, cuatrocientos dólares al mes.

—Pero... ¿va a aceptarme? —inquirí, asombrado.

—¿A qué ha venido usted, si no? —respondió con evidente lógica—. Escuche, sé que le extraña que no le haya sometido a prueba, análisis, etc. Que no le haya exigido unos años de experiencia en su trabajo. Se lo explicaré: prefiero inculcar a mis hombres mis propias ideas sobre investigación privada.

Le di las gracias, y abandoné el despacho.

Me dirigía a la oficina de Rod Steele, e iba pensando que, si bien cuatrocientos dólares no me darían para cenar cada noche en el Pavon Club, suponían al menos más de la cochinada que había estado ganando descargando verduras en Alesia Boulevard...

Aparté de mi mente aquellos pensamientos. Tenía que marcar el 887-0156.

Lo hice, mientras dirigía una mirada de envidia a los platos humeantes que los clientes de Bill consumían en la barra.

En mi oído izquierdo, sonó el clic que producía la grabadora al comenzar su reproducción:

«Escúchame con atención, Larry. Es seguro que, a estas horas, lo que voy a decirte te corte la digestión. Siento tener que ser yo, tu mejor amigo, quien te dé esta noticia. Alguien llamó esta tarde desde un lugar llamado Mountain Springs, California muy cerca de la divisoria con Nevada. Creo que el pueblo está situado en la antigua cuenca aurífera. La persona que avisó era un tipo llamado Stuart Delanney...».

Lancé una exclamación.

¡Stuart Delanney! Mis recuerdos comenzaron a dispararse, pero...

Allí estaba la voz grabadora de Rod Steele, desgranando con exactitud su información:

«... Que deberías viajar inmediatamente hacia Mountain Springs. En la mansión del general Owyhee ha sucedido un lamentable accidente. Un ala

del edificio ha quedado completamente desmantelada. Delanney afirmó que todavía están allí los bomberos, aunque el lugar es endiabladamente inaccesible y difícil...».

—¿Y el general? —pregunté súbitamente, sin pensar que Steele me hablaba a través de un magnetófono.

«... Que tu padre ha muerto. Carbonizado. Lo siento, Larry. Ven a verme ahora mismo, si necesitas mi ayuda. Y ten valor. He hablado con el jefe. Míster Bates te concede todo el tiempo que necesites. Me indicó que podías llevarte su “Morgan” deportivo. Hay quinientos dólares depositados en tu despacho, Larry. Cualquier cosa que necesites...».

Yo ya no escuchaba su voz.

¿Quién iba a decir que Larry Owyhee llorase al saber que su padre había muerto...?

Nadie, y sin embargo, ahora me sorprendía con los ojos turbios de lágrimas.

Esperé hasta que terminó la grabación y colgué.

Ni siquiera escuché la voz de Bill, tras la barra:

—¡Eh, Larry! ¿Te ocurre algo? Había preparado unos succulentos filetes con mostaza...

Salí a la calle y anduve despacio, sin rumbo fijo.

Pensaba en el viejo Owyhee, ahora muerto.

Y me maravillaba de que algo o alguien hubiera podido derribar a aquel hombre de hierro.

Un militar famoso, un padre intransigente, un marido abandonado.

Sarah, mi madre, desapareció un día de casa, cuando yo apenas tenía doce años.

Entonces me pareció un acto de crueldad infinita por parte de mi madre.

Después...

Después llegó el momento en que la comprendí. E incluso logré imaginar el infierno que su matrimonio con el general Owyhee había supuesto para ella.

Harold Owyhee le hizo la vida imposible, la ofendió en lo más vivo, la humilló siempre.

¿Por qué? Ciertamente que Sarah, mi madre, había sido una conocida estrella de «burlesque», pero también era verdad que siempre fue fiel a mi padre.

Al fin, ella solicitó el divorcio. Pero el prestigio del general era demasiado grande, su fortuna excesivamente crecida. Y le fue denegado.

—No es posible seguir juntos, Harold —escuché, en cierta ocasión—. Te suplico que me concedas el divorcio. Lo siento por mi pequeño Larry. Tendrá que vivir lejos de ti.

El general la había fulminado con su único ojo sano.

—Te concederé el divorcio, si quieres. ¡A condición de que rehúses para

siempre a Larry!

—¡Nunca! —gritó ella—. ¡Por favor, por favor, Harold...! ¿Cómo puedes ser tan cruel?

Por toda respuesta, mi padre le volvió la espalda.

Sarah gastó sus escasos ahorros personales en conseguir la separación.

Pero el general Owyhee era un héroe. Un héroe auténtico, entiéndase. En aquel bargueño coreano, guardaba una verdadera colección de medallas al valor. Sus antecesores habían sido aristócratas ingleses, y el general, por otra parte, tenía relaciones con senadores, gobernadores... e incluso en la Casa Blanca.

Vi cómo mi madre languidecía, mes a mes. Iba perdiendo el color y la alegría, cómo iba marchitándose.

Y un día se decidió. Y abandonó aquella extraña mansión, a la que los vecinos de Mountain Springs habían bautizado con un muy desagradable nombre: Satan's Eye⁽¹⁾.

El nombre era pronunciado en voz baja, naturalmente. Y tenía su explicación.

Cuando el general regresó de Europa con un único ojo, decidió adquirir unos terrenos para edificarse una casa aislada.

Y lo encontró. Lo encontró a una milla de Mountain Springs, una retirada y pequeña localidad de California.

Mountain Springs estaba a unas treinta millas de Oroville. Un picacho elevado dominaba el pueblo. Pues bien, allá arriba, muy cerca de la cumbre del picacho, el general dirigió la construcción de su mansión.

Después de recorrer Europa, durante la guerra, mi padre parecía estar verdaderamente desquiciado. Su expresión se había tomado más sombría, más hosca e impenetrable.

Cuando la casa estuvo terminada, el general se fue a vivir allí. Es decir, fuimos los tres: mamá, él y yo.

Mi padre acostumbraba a permanecer en su biblioteca hasta altas horas de la noche. Desde abajo, desde el pueblo, aquella ventana simulaba un siniestro ojo, resplandeciente en mitad de la noche.

El ojo del diablo. Y así le llamaban los ciudadanos de Mountain Springs.

CAPÍTULO II

El «Morgan» de Stanley Bates seguía devorando millas y millas.

La noche era fría, desapacible. El firme de la carretera, húmedo, aparecía a mis ojos como una gran serpiente negra.

Insensiblemente, mi pie derecho apretaba más y más el acelerador. El velocímetro rebasaba fácilmente las ciento veinte millas por hora...

De pronto, vi la mole del gran camión articulado.

Un sudor helado cubrió mi frente. Mi pie derecho se apartó instantáneamente del acelerador, y oprimió el freno intermitentemente.

El chirrido me despertó completamente. El «Morgan» se había detenido a unos cinco metros de la trasera del camión.

¡Había estado a punto de matarme tontamente...!

Tuve que dar al contacto. Unos minutos después, adelantaba al camión con prudencia. Decidí conducir más sensatamente. A fin de cuentas... ¿qué iba a lograr yo con llegar de madrugada a Mountain Springs?

Si el general había muerto, yo no iba a resucitarle. Y a fin de cuentas, lo cierto era que la existencia de mi padre me había tenido sin cuidado hasta ese momento.

Aún recuerdo el día que abandoné la casa de la montaña, aquel nido de águilas con reminiscencias de castillo de los Balcanes.

El único ojo del general destelló extrañamente cuando dije aquello:

—Voy a marcharme, papá. Voy a vivir lejos de aquí.

—¿Por qué? —preguntó únicamente.

Era difícil explicárselo.

Podía haberle dicho que no sentía el menor afecto hacia él. Podía haberle reprochado tantas cosas...

Pero no lo hice.

—Me aburro soberanamente. He terminado mi carrera de abogado. Tal vez me dedique a la criminología. Quiero instalarme en Los Ángeles.

—Es una soberana estupidez. No necesitas trabajar. Aquí tienes todo lo que te hace falta —hizo una pequeña pausa y agregó, brutalmente—. Si te marchas, te desheredaré. No tendrás la menor ayuda mía. Ni percibirás un céntimo, cuando yo muera.

Precisamente había estado escogiendo las frases que más pudieron encender mi rebeldía.

—Puedes hacer lo que quieras con lo que es tuyo, papá. Saldré de aquí mañana a primera hora —respondí.

—Si lo has decidido... ¡puedes marcharte ahora mismo! —casi gritó. Y volviéndose de espaldas, tomó uno de sus librotos de la biblioteca, e ignoró

mi presencia.

No había sido muy agradable. Como tampoco, abrirme camino en Los Ángeles.

Obtener una licencia de detective privado también había supuesto un gran sacrificio para mí.

Por la noche trabajaba en el mercado de frutas de Alesia Bd. Durante el día estudiaba, por la tarde dormía unas horas...

Un día regresé a la residencia para jóvenes, donde me hospedaba, y me anunciaron que tenía una visita.

Era un caballero de cierta edad, de amable sonrisa y pequeña estatura.

—Soy el doctor Klower, de Mountain Springs —dijo—. He venido a ver a un pariente enfermo en Los Ángeles, y decidí visitarle.

Estreché su mano, mientras me preguntaba cómo había averiguado Klower mi domicilio.

—Su padre me habló de usted, muchacho. En realidad...

Le había enviado el general, aunque no quería que se supiese de su interés por mí. Klower me preguntó si necesitaba dinero o alguna cosa.

—Estoy bien, gracias. Trabajo y estudio. No voy a decirle que me sobre el dinero, pero tengo lo suficiente. Por lo demás... no tomaría un centavo que viniese de manos del general —contesté con rudeza.

Klower pareció desconcertado durante unos segundos. Luego, el gesto afable volvió a su rostro simpático.

—Me alegro, Larry. Sin embargo, quería hablarle del general. Verá, le encuentro muy raro. Últimamente, no recibe a nadie más que a mí —bajó la voz y añadió—: Me preocupa su estado mental, muchacho. Asegura tener apariciones y visiones infernales. Si fuera un alcohólico, podría darle crédito. Ya sabe, Demonología, Espiritismo... Compra cualquier libro que trate de estos temas, y se rodea, en la biblioteca, de extraños fetiches, diabólicas estatuillas... Ha instalado un juego de luces desquiciante, y permanece allí durante toda la noche. En Mountain Springs empieza a murmurarse. Dicen que el general se ha entregado a Satanás...

Solté una soberana carcajada. Una carcajada de auténtico regocijo.

Pero Klower seguía hablando, muy serio ahora:

—Hay quien asegura haber contemplado extrañas procesiones, allá arriba. Se habla de aquelarres espeluznantes, de apariciones diabólicas. Créame, muchacho. Tengo sesenta años, y apoyo los pies sobre la tierra. Pero los ciudadanos de Mountain Springs están excitados. Por otra parte, temo mucho que su padre pierda la razón, si no la ha perdido ya. Su mirada tiene el brillo de los ojos de los locos, para hablarle con entera franqueza. He tratado de arrancarle de aquella casa, de traerlo a Los Ángeles o a Sacramento, y someterlo a tratamiento. Se ha negado testarudamente, e incluso ha sido grosero conmigo. Creo que solo usted podría hacerlo. Si no lo intenta...

—No pienso tenerlo, no pienso viajar hasta Mountain Springs. Compréndalo, doctor Klower: aquel lugar solo guarda desagradables recuerdos para mí. El general me desheredó, por otra parte. ¿Qué puede interesarme, qué puedo sentir hacia el hombre que dejó morir en la miseria a su esposa...?

—Tal vez... él no sea responsable —dijo lentamente Klower. Y hasta que no se hubo marchado no pude comprender lo que quería decir con ello: un loco no es responsable de sus actos.

Entonces... ¿la locura del general se había incubado muchos años atrás?

¿Dónde? ¿En Europa?

Bueno. Yo sabía muy bien que él seguía viviendo por soberbia. Tuerto, con una pierna cortada, con múltiples cicatrices en su cuerpo, el orgulloso general Owyhee se hubiera disparado un tiro hacía muchos años... si no fuera porque consideraba el suicidio como una imperdonable cobardía.

La carretera seguía extendiéndose ante mis ojos, interminable. Había comenzado a llover. Minuto a minuto, las chispitas iniciales se convirtieron en gruesas gotas, en chaparrón que me impedía ver más allá de mis narices.

Tuve que levantar aún más el pie del acelerador y disminuir la marcha a cuarenta millas por hora.

Seguía lloviendo y lloviendo.

El ruido del limpiaparabrisas me adormecía. ¡Peligro! Unos segundos los ojos cerrados podían significar una muerte muy cierta para mí.

Me esforcé en seguir despierto hasta llegar a Bakersfield. Y me llamé idiota en voz alta, por no haber esperado a las seis de la mañana. A aquella hora había un avión para Sacramento, que me hubiera dejado a unas cien millas escasas de Mountain Springs.

En cambio, ante mí tenía la perspectiva poco agradable de setecientas millas de carretera, en una noche tan infernal como la que me había tocado.

A lo lejos vi brillar las luces de Bakersfield. Poco después, daba el intermitente de la derecha y penetraba en una estación de servicio.

Un hombre con mono blanco se acercó a mi coche. Salí fuera. El agua fría me obligó a tiritar, el viento huracanado despeinó mis cabellos.

—Llene el depósito —dije, entregándole la llave—. Estaré en el bar.

Chorros deslumbrantes de luz atravesaban las lunas del bar. Corrí hacia allá y empujé la puerta.

El ambiente cálido, el rumor de una melodía y el fragante aroma a café suponían un innegable atractivo.

Me acerqué a la barra. Más allá, un tipo gordo sobaba descaradamente a una muchacha.

Dándome la espalda había tres individuos altos, de recias espaldas,

embudidos en chaquetas de piel. Camioneros, deduje.

El muchacho de la barra estaba junto a mí, interrogándome con la mirada.

—Café negro —dije. Y recordé de pronto que no había probado bocado desde la una del mediodía.

Encargué una tortilla de pimientos, salchichas, pollo y ensalada.

Comí sin apetito, pero con cierta voracidad. Entretanto, rogué al cielo para que la lluvia dejase de caer y el viento huracanado cesase.

El chico de la barra estaba conectando la radio. Luego sonó la voz de un locutor.

Hablaba de borrascas, de tempestades, de lluvia y chubascos. Al parecer, el mal tiempo iba a continuar durante muchos días.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Cinco ochenta —respondió el muchacho.

Pagué y encendí un cigarrillo. Ni siquiera había tenido tiempo de fumar durante el trayecto hasta Bakersfield.

Los camioneros se volvieron a mirarme, cuando yo caminaba hacia la puerta.

Lo supe porque estaba observándoles a través de los ventanales de cristal.

Salí afuera y pagué al mozo de la estación de servicio, agregando un dólar de propina. El hombre me miró extrañamente, y balbuceó unas palabras de agradecimiento, desapareciendo a la carrera.

No era extraño. El aguacero seguía cayendo, inclemente. Y el agua estaba fría como el hielo.

Lo extraño era que no hubiera ningún camión en la zona de aparcamiento. Solo dos automóviles, un «Buick» grande y un «Chevy».

Me encogí de hombros. ¿Qué diablos me importaba todo aquello?

Abrí la portezuela del pequeño y aplastado «Morgan», y me puse detrás del volante. Se estaba bien allí, resguardado de la lluvia y del viento.

Esperé unos segundos, fumando con ansia. Y puse la calefacción.

Un minuto después, volvía a la carretera. Había decidido dejar la noventa y nueve y rodar sobre la cincuenta y ocho hasta alcanzar la autopista trescientos noventa y cinco.

El viaje sería más rápido sobre esta última vía. Una buena carretera, ancha, de firme regular, amén de que, por atravesar las inmediaciones de Death Valley, era poco transitada, sobre todo de noche.

Tardé algo más de una hora en alcanzar la trescientos noventa y cinco. Ya sobre ella, apreté el acelerador y corrí a buena velocidad.

La carretera era lisa como la palma de la mano. El viento seguía soplando. Sentía el estremecimiento del automóvil, empujado lateralmente a bandazos, de forma que debía estar continuamente pendiente del volante.

Poco después, percibí la luz de unos faros en el espejo retrovisor.

Prudentemente, me aparté a la derecha y puse el intermitente autorizando el adelantamiento.

El automóvil que venía detrás no adelantó.

Empecé a sospechar cuando transcurrieron quince minutos, y el automóvil seguía a mi zaga.

Luego, atravesamos a gran velocidad una estación de servicio. A la luz que provenía de allí pude comprobar que se trataba del mismo «Buick» gris plata que estaba aparcado en la estación de Bakersfield.

Reduje aún más la velocidad, al tiempo que extraía mi revólver de la funda sobaquera.

Lo que fuera a pasar tendría que producirse entonces. Esperé, con los nervios en tensión.

Los faros del otro coche habían dejado de brillar. ¿Se había detenido, desviado...?

Respiré con alivio.

Y en aquel momento, las chapas del «Morgan» crujieron terriblemente y el automóvil brincó sobre el pavimento como una cabra enloquecida.

CAPÍTULO III

Hundí el pie en el pedal del freno con todas mis fuerzas.

El coche giró como una peonza. Perdí el control de mis movimientos, pensé que iba a morir, que...

Entonces, el «Morgan» se detuvo. Estaba en mitad de la autopista, entero.

Di al contacto, y el motor respondió, con un rugido que me entusiasmó.

Pero al arrancar el motor, se encendieron las luces de mi coche.

Entonces vi que el «Buick» venía lanzado sobre mí, con sus faros apagados.

Querían aplastarme, asesinarme de esta horrible forma.

Metí la primera y arranqué bruscamente. El «Morgan» corrió en dirección oblicua al coche grande.

Vi cómo el conductor daba un volantazo para evitar el choque de frente.

Por mi parte, seguía acelerando locamente, sin mover el volante.

Pero el «Morgan» cruzó como una exhalación, pasando a unos milímetros del «Buick».

Frené, a la espera de los acontecimientos.

Estaba terminando de dar la vuelta en la carretera, cuando vi aquello.

El «Buick» había salido de la autopista y daba vueltas de campana a velocidad vertiginosa.

Un crujido siniestro llegó hasta mis oídos.

El coche, en su alocada carrera, chocó contra una torreta de conducción eléctrica.

Lo que sucedió a continuación me dejó sin aliento.

La masa del automóvil desgajó de cuajo la torreta. Arriba brilló un fulgor que mis ojos no podían aguantar, un relámpago verdoso...

¡El «Buick» acababa de resplandecer como una luciérnaga!

Luego brotaron las llamas, mientras el extremo de un cable de alta tensión seguía chisporroteando y fundiendo al rojo cuanto entraba en contacto con él.

Me estremecí.

E imaginé los cadáveres achicharrados, electrocutados en el interior de aquella chatarra incandescente.

Acercarse no solo era peligroso, sino estúpido.

¿Por qué... por qué habían intentado asesinarme?

¿Unos borrachos, unos gamberros?

¿O, tal vez, atracadores?

Ya no tenía la menor duda de que los responsables de aquel criminal atentado eran los tres hombres de los chaquetones de piel, que me daban la espalda en el bar de la gasolinera de Bakersfield.

Había visto a uno de ellos, al conductor. Y vestía un chaquetón de cuero. Aquel dato, unido al del coche, el mismo «Buick» aparcado fuera del bar, no admitían réplica.

Sin duda, aquellos individuos habían visto el fajito de billetes que saqué para pagar mi consumición, y decidieron robarme.

En una carretera solitaria, en mitad de una infernal noche de chubascos y vendaval, sería cosa fácil.

Naturalmente, lo más seguro era eliminarme primero y robarme después.

Así lo habían intentado.

Sin embargo, yo estaba vivo, y ellos... achicharrados.

Cogí la linterna y salí fuera del coche, yendo hacia ellos.

Andando muy despacio, abandoné el firme y me acerqué a las candentes planchas.

Desde cuatro metros, pude ver los rostros horriblemente chamuscados. Y los chaquetones de piel, retorcidos por el fuego.

Un vehículo estaba acercándose por la autopista. Volví junto a mi coche e hice señas con la linterna para que se detuviese.

Era el mismo gran camión articulado contra el cual había estado a punto de estrellarme, dos horas antes.

—¿Le ocurre algo, amigo...? —empezó a preguntar, con la cabeza fuera de la ventanilla, cuando sus ojos vieron los restos del «Buick».

—Están muertos. Electrocutados. Intentaron echarme fuera de la carretera —expliqué—. Logré esquivarlos, aunque me dieron un buen porrazo. Por desgracia...

—Salta a la vista. Chocaron contra la torreta... ¡Dios santo, hay gente que no debiera circular por la carretera! ¿Puedo ayudarle en algo, se siente bien...?

Yo sangraba por una brecha abierta en la mejilla izquierda, pero denegué con la cabeza.

—Estoy bien. ¿Quiere avisar a la policía? Aguardaré aquí hasta que lleguen.

—Descuide. Será mejor que se meta en el coche, pillaré una pulmonía. Tenga, tenga un trago. Esto le reanimará.

Tomé el frasco de coñac y bebí un poco.

Di las gracias, y el camión se perdió en la lóbrega noche.

En el interior del coche, fumé, nerviosamente, un par de cigarrillos.

¡Desgraciada casualidad!

Ahora tendría que esperar, perder muchas horas con la policía...

¿Qué diría Rod Steele, si pudiera verme?

Me lo imaginaba.

—Condonado cabezota. Pudiste pedirme que te acompañara. Pero tú siempre quieres hacer las cosas solo —diría.

Nos unía una entrañable amistad.

Él me había enseñado todo lo que yo sabía ahora. Me había convertido en un verdadero investigador. Porque cuando yo llegué a la agencia Bates, no era sino un bisoño aprendiz de detective.

Recuerdo que aquel primer día discutimos varias veces.

Lo primero que me aconsejó fue que me cortase los cabellos, olvidase mis collares de bisutería barata y respondí que no lo haría.

—Lo harás. Antes o después —me aseguró—. Lo harás.

Chukee Turner, un chulo que frecuentaba los casinos, me arrastró un buen trecho, agarrado de los cabellos sobre el piso regado de chatarra y alambre de espino de un almacén de residuos.

Mi espalda quedó en carne viva, y tuve que ser internado en una clínica durante una semana.

—Si hubieras tenido los cabellos cortos, Chukee no te hubiera podido agarrar, cabezota —dijo únicamente Rod Steele.

Comprendí que tenía razón. No dije nada, pero aquel mismo día pasé por la peluquería y me corté los largos cabellos.

En cuanto a mi apariencia «hippy» y mis pantalones... también los cambié. En una carrera, en una persecución, toda aquella indumentaria era enojosamente engorrosa.

Mis trabajos en la agencia Bates habían sido bien apreciados. Unos casos difíciles, como el de Maggie Stevens, y mi prestigio creció muchos grados.

Ahora cobraba mil doscientos dólares, y tenía un despacho para mí. Y muchos amigos, entre ellos la bonita y coqueta Marion Dallas...

Mi vida en Los Ángeles había sido muy distinta de aquella otra que viví junto a mi padre.

Ahora, los recuerdos, la cruda realidad, volvían otra vez. Mi padre había muerto.

De una forma horrible: abrasado. Un accidente estúpido, yo estaba absolutamente seguro.

Tan estúpido como aquella manía suya del espiritismo.

En el fondo, mi padre había estado lleno de manías siempre.

Edificar Satan's Eye había sido una de ellas. Criar perros boxers, otra.

La demonología, las ciencias ocultas, una más.

Interrumpí mis pensamientos. A lo lejos, en la autopista, brillaba una luz destellante.

Era la policía, sin duda.

¿De dónde vendrían?

La ciudad más cercana era Barestow, a cerca de cien millas. Y apenas

habían transcurrido veinte minutos desde que el camionero siguiese su ruta.

Me envaré.

Digo la verdad, sentí miedo.

Me encontraba en una zona desolada, apartada. En más de doscientas millas de diámetro, se extendía la zona árida próxima al desierto.

¿De dónde procedía aquel coche policíaco?

Me metí el revólver debajo del cinturón. Si las cosas se presentaban mal...

Unos minutos después, el automóvil policíaco se detenía a veinte metros del mío.

Vi bajar a unos hombres de uniforme. La primera mirada fue para el coche siniestrado, aún humeante, a pesar del fuerte y continuo aguacero.

Luego, uno de aquellos hombres se acercó a mi automóvil.

Me apeé. Siempre tendría más libertad de movimientos, si hacía falta...

Afortunadamente, poco después, el sargento McKeel ahuyentaba mis dudas:

—Sargento Rudy McKeel, del destacamento volante de policía afecto a la autopista 395. Un camionero nos dio su recado. Su nombre y documentos, por favor.

Le di lo que pedía.

Observé su gesto de asombro al ver la autorización que me facultaba para desempeñar mi labor, en cualquiera de los Estados de la Unión.

—Está bien, señor Owyhee. Cuénteme lo que sucedió.

Vino otro de los policías. Fuimos al coche patrulla, y tomaron nota de mi declaración.

—... Eso es todo. Había visto a esos individuos en el bar de la gasolinera de Bakersfield. Pero no se me ocurrió sospechar. Ahora sé que trataban de robarme —terminé.

Entretanto, cuatro hombres estaban inspeccionando el «Buick». Un momento después, llegó un camión de la compañía de electricidad, y apartaron el cable con pértigas.

—Espere. Iré a echar una ojeada —dijo McKeel. Y le vi correr hasta el lugar en que trabajaban los de la compañía de electricidad.

Regresó diez minutos después.

En su rostro había un extraño gesto, una cierta expresión de aquel que trae noticias asombrosas.

—¿Sí, sargento? —dije.

—¿Sabe una cosa? No creo que esos hombres tratasen de atracarle —declaró.

Me pregunté si lo que quería decir era que aquellos energúmenos solo habían querido gastarme una broma pesada.

Pero me equivoqué.

—Los conozco a los tres. Son Buck Dawson, Al Quick Carmody y Johnny Johnson. Son tres *gangsters*, con numerosos delitos en su haber.

—¿Y bien...? —pregunté, no comprendiendo a dónde iba a parar el sargento McKeel.

—Verá, son tres pájaros importantes. Especializados en «liquidar» a sus víctimas por encargo. Cobran caro, lo sé. En sus bolsillos había más de cinco mil dólares, algo chamuscados...

Cinco mil dólares.

Mucho dinero, comparado con los doscientos o trescientos que yo llevaba en el bolsillo.

Quedaba descartada la idea del atraco.

Y quedaba la otra, la que acababa de apuntar el policía.

Pero... ¿cómo era posible que alguien hubiera pagado a aquellos tres asesinos por mi muerte?

—Puede continuar viaje, señor Owyhee. Nos ocuparemos de todo. Si necesitamos de usted para algo, le llamaremos a Mountain Springs o a Los Ángeles. Ojalá que realice el resto del viaje sin novedad. ¡No puede imaginarse lo cerca que ha estado de morir esta noche!

Pero yo sí lo sabía.

CAPÍTULO IV

El coche rodaba bien cuesta arriba, escalando la montaña.

Se había hecho de día. Y había dejado de llover. Pero el firmamento, tormentoso, completamente cubierto por negras nubes, no presagiaba ningún cambio favorable.

Me alegraba, a pesar de todo, de haber decidido hacer el viaje en automóvil.

Había escuchado algunas noticias por la radio, una hora antes. El aeropuerto internacional de Los Ángeles estaba cerrado, y todos los vuelos suspendidos, en virtud de las adversas condiciones climatológicas.

Consulté mi reloj. Eran las ocho de la mañana, y la luz del día era muy escasa aún.

Bostecé, pensando que todavía me quedaban más de cien millas de camino.

Durante el interminable trayecto, los recuerdos habían vuelto a mi mente, turbadores, constantes.

El tema de aquellos era mi padre, el general Owyhee.

Había pensado en él durante toda la madrugada. Fríamente, sin permitir que el rencor ni la cólera se apoderaran de mí.

Recordé a mi padre cuando yo era niño aún. Y veía, como entre brumas, un rostro amable, sonriente, cordial, siempre alegre y cariñoso...

¿Por qué había cambiado tanto el general...?

Era indudable que había muchos motivos: mi padre no solamente había perdido un ojo en la guerra.

Le habían cortado una pierna por debajo de la rodilla, le habían amputado un riñón, había sufrido varias heridas graves y estancias larguísimas en hospitales de campaña.

Sin embargo, a mi entender, lo peor debía haber sido aquellos dos meses como prisionero de guerra en un campo nazi.

Pensé con sarcasmo en el resultado final: la guerra había ofrecido al general gloria y honores, ascensos y recompensas...

Pero le había arruinado física y espiritualmente.

Cuando mi padre regresó al hogar, después de la guerra de Corea, la última para él, comprendí que se encontraba destrozado.

Había sido un excelente y entusiasta deportista. Le encantaba la caza, la equitación, el fútbol, el boxeo, la natación...

Ahora... Ahora se veía obligado a una inactividad odiosa y humillante. Sufría a menudo terribles dolores en su cuerpo mutilado, que solo podían atenuarse con la morfina y otras drogas.

Pensando en todo ello, no podía yo evitar, ahora que sabía que estaba muerto, que tal vez él me había necesitado desesperadamente.

¿No era una prueba de ello que enviara al doctor Klower, con una vana disculpa...?

Yo había sido demasiado rencoroso para adivinar aquella angustiosa llamada.

De pronto, sentí en mi interior un remordimiento intenso. Y experimenté un ardiente cariño hacia la figura del general.

A cada minuto, mientras conducía con cuidado por aquella zona montañosa, la idea de que él había regresado desquiciado de Europa, se iba afianzando dentro de mí.

Si mi padre había llegado a desheredarme, tal circunstancia me dejaba frío.

Yo debía sepultar sus pobres restos, permanecer unos días en aquel lugar donde mi padre había vivido su terrible y larga agonía.

Quería pensar en él, amarle ahora que ya estaba muerto. Tratar de compensarle espiritualmente por todos aquellos años en que no le había dedicado otra cosa que vagos y fugaces recuerdos.

La herencia... ¡al diablo! Yo había trabajado mucho, me había ganado la vida a mordiscos.

Pero las cosas habían cambiado mucho. Ahora ganaba dinero suficiente para cubrir holgadamente todos mis gastos. Y tenía amigos. Y prestigio, buena reputación.

Cuatro años trabajando en la Organización Bates, poniendo mis cinco sentidos en cada caso, me habían dado lo que yo tenía a la hora presente.

Pero había llegado el momento de ocuparme de mi padre, el desgraciado general Owyhee. O mejor dicho, de su cadáver, que era lo único que quedaba de él.

Encendí un cigarrillo. Había consumido dos paquetes aquella noche, y tenía la garganta reseca.

Pero fumar me calmó un tanto. Yo necesitaba calma, ahora.

Porque adivinaba que me esperaban momentos agotadores.

Se iba haciendo de día lentamente, como si el sol, oculto por las negras nubes, se negase a alumbrar la tierra.

Los torrentes bajaban henchidos, fragorosos, retumbando de peña en peña.

Los ojos se me cerraban de cansancio, pero logré mantenerme despierto recurriendo a mil trucos.

Silbaba por lo bajo, contaba los postes del telégrafo, pensaba en Marion.

Marion, ¡qué muchacha!

Había estado tratando de cazarme durante los últimos meses. Ella me gustaba mucho, demasiado.

Pero su carácter excesivamente audaz y autoritario me habían frenado.

¿Qué haría ella cuando le dijese que Larry Owyhee se encontraba a mil millas de distancia?

Eran las nueve y cuarto cuando divisé las casas grises de Mountain Springs.

El pueblo estaba como colgado de los taludes rocosos de la montaña.

¿Cuántos habitantes vivirían allí, en la actualidad? ¿Dos mil, tres mil...?

Había algunos camiones detenidos ante el bar de Chuck Garrido.

Estaba seguro de que Chuck no me reconocería. Habían pasado siete años.

El estómago me estaba pidiendo a gritos algo caliente. Un café doble, por ejemplo. Y alguna de las empanadillas calientes que Chuck solía ofrecer a sus clientes.

Detuve el coche y eché un vistazo por la parte trasera. Había un gran bollo en el lateral. Por lo demás, el piloto izquierdo estaba hecho añicos.

Entré en el bar. La barra estaba rebosante de gente. Al fin logré hacerme un pequeño hueco en un extremo.

Me disponía a llamar la atención de Chuck, que ya tenía el pelo casi blanco, cuando escuché el comentario:

—... Ojalá hubiera ardido todo. El general tenía pacto con Satanás, estoy seguro. Mirad a Clorkey... Sufrió un síncope cuando bajaba de Satan's Eye. Todavía no ha podido hablar. Se salvó por milagro...

—Dejad el tema. El general ha muerto. ¡Paz a los muertos! —agregó alguien, sentenciosamente.

—¡Al diablo, Lark! Queda aún esa mujer, su esposa. Helen Welland aseguró que la había sorprendido invocando al diablo en una de las buhardillas de la casa... ¡Deberíamos quemarla viva!

—¡Calla! —gritó Chuck autoritariamente—. Si te oyeran... podrían pensar que ese incendio no fue casual, Glen.

Hubo unos segundos de silencio.

Desde mi rincón, noté que mis nervios estaban tensos, como cuerdas de guitarra.

—Y tal vez acertase, quien fuese. Quizá alguien se tomó a su cargo la tarea de hacer justicia, Chuck. ¡Esa casa está maldita, y con ella, todos los que viven en ella! Si alguien quiere discutirlo conmigo, que lo haga. ¿No os habéis preguntado qué le ocurrió a Mammie Sawyer? Dicen que murió en su lecho. Pero los pocos que vieron su cadáver, aseguran que su rostro estaba crispado en un terrible gesto de horror...

—Glen tiene razón —apoyó alguien, a quién no podía ver desde mi rincón—. Murió Mammie, murió Steve Smith... Recordadlo. Los perros del general le destrozaron una noche. Los mantenía encerrados en sus jaulas, sin comida. Y los soltaba al anocheecer... Los animales, hambrientos, se

convertían en fieras. A Steve habían empezado a devorarlo cuando Hurry, el comisario, llegó en su ayuda, advertido por los gritos desgarradores que provenían del acantilado...

—Llena mi vaso. Y los otros... El tema me está resecaando la garganta —pidió Glen Hoxie.

Reconocí a Hoxie.

Era un hombrón alto y fornido, de rostro estrecho y nariz afilada.

—Es un ladrón. Sería capaz de vender a su propio hijo —recordé, de pronto, que había dicho en cierta ocasión mi padre, de Hoxie.

Hoxie tenía una tienda de comestibles y una bodega. Durante dos o tres años, Hoxie había estado subiendo a la mansión los pedidos que hacía Mammie Sawyer, la cocinera.

Mi padre sustentaba la idea de que Hoxie robaba descaradamente, tanto en los precios como en los pesos. Y yo sabía que era cierto.

—Anda, Hendrix, cuéntalo. Diles por qué tienes el cabello encanecido a... los treinta años —exigió Hoxie, agarrando por los hombros a un joven que, en verdad, tenía los cabellos blancos como la nieve.

Hendrix se estremeció.

Vi que parte del licor que tenía en su copa se derramaba y manchaba su mano.

—¡Por favor, por favor, Glen, no me obligues! —protestó Hendrix—. ¡Aquello fue tan... alucinante! ¡Temo... temo enloquecer, si lo recuerdo!

Hoxie lanzó una carcajada.

—No será para tanto, amigo. Es de día, y estás rodeado de gente que te quiere bien. Anda, habla. Llénale de nuevo la copa, Chuck.

Hendrix suspiró, resignado.

—Está bien, lo contaré —se decidió, tras apurar la copa de un trago.

Las risas y las voces se apagaron. De afuera llegó la bronca bocina de un camión pesado.

—Fue... fue aquella noche que un rayo derribó el transformador. ¿Recordáis que Mountain Springs se quedó totalmente a oscuras? Yo estaba durmiendo, cuando Hurry me despertó y me dio la noticia. Había que ir al transformador y reparar la avería...

Tragó saliva, como si le costase gran esfuerzo poner en orden sus recuerdos.

O como si el miedo pusiese freno a su lengua.

—Vamos, Hendrix, ¿por qué te detienes? —le atosigó Hoxie.

—Bueno... Me vestí aprisa y cogí mi cajón de herramientas. Al salir a la calle, una exhalación fulminó el monumento a Lincoln. Me tiré a tierra, muerto de miedo. Pero Hurry estaba aguardando que la luz volviese a iluminar las calles de Mountain Springs. Me dijo que temía que alguien se aprovechara de la oscuridad para cometer desmanes. Me levanté, pues, salí del pueblo y tomé la cuesta del camino que lleva al bosque, pasando por

debajo de Ojo de Satanás...

Hizo una pausa para respirar. En el bar de Chuck no se oía una mosca. Aunque habían oído aquella historia más de una vez de labios del propio Hendrix, todos escuchaban religiosamente, como sumidos en una magnética atmósfera de religioso pánico.

Debo reconocer que también yo atendía, con mis cinco sentidos.

—Estaba lloviendo. Tronaba. Los estallidos atronaban mis oídos y las centellas me obligaban a estremecerme. Fue entonces cuando me sentí dominado por el más intenso asombro...

—¿Qué sucedió, Chuck? ¡Vamos, sigue! —exigió nerviosamente un joven de apenas veinte años.

—No sucedió nada —contestó Hendrix—. Simplemente vi que la ventana de la biblioteca del general estaba encendida. Había luz eléctrica, aunque el resplandor era rojizo... ¿Comprendéis? Yo mismo realicé la instalación eléctrica de la mansión. Yo había tomado la fuerza del mismo transformador. Si este estaba desconectado o estropeado... ¿cómo había luz eléctrica en el Ojo de Satanás?

Un escalofrío de terror pareció azotar a los hombres que llenaban el cálido y acogedor bar de Chuck Garrido.

—Tal vez... —dijo el muchacho—. Tal vez habían instalado un grupo electrógeno.

Hendrix denegó con la cabeza nerviosamente.

—¡No, no, no...! Me hubieran llamado a mí, lo hubiera instalado yo mismo. No hay nadie en este pueblo que pudiera hacerlo. Me quedé parado. Y sin darme cuenta, empecé a caminar por el camino que lleva a la casa. Tuve que tirarme al suelo muchas veces, temiendo que un rayo me partiese por la mitad, pero al fin llegué arriba. La puerta estaba abierta de par en par. Había luz eléctrica a raudales...

—¿Y los perros? —preguntó, con sentido práctico, el muchacho.

—Estaban cerrados en sus jaulas. Y gemían de terror. Vi sus ojos como carbúnculos, y sentí que los pelos se me ponían de punta. Pero sentía curiosidad, una gran e irrazonable curiosidad. El patio estaba desierto. Lo atravesé y subí la escalera que lleva a la galería exterior, sobre el abismo. Me asomé a una ventana y creí enloquecer.

Hendrix calló. Oí las respiraciones agitadas de todos los presentes.

—El tragaluz de la biblioteca estaba destrozado. En medio de extrañas luces rojas que mareaban, el general estaba postrado de rodillas, vestido con una túnica negra que le cubría hasta los pies. Arriba, en el firmamento, brilló una exhalación rojiza... Una oleada de humo sulfuroso penetró por allí. Lentamente, el general recitaba una salmodia, en un lenguaje que no pude entender. De repente, algo penetró por la ventana. Era un hombre rojo, con cuernos, y despedía chispas... Era... ¡el propio Espíritu Infernal!

Fue, entonces, cuando lancé una larga carcajada.

La carcajada más sonora nerviosa y sarcástica que he lanzado en toda mi vida.

Vi volverse más de dos docenas de cabezas hacia mí. Rostros curiosos, ojos escrutadores, sorprendidos...

Y la voz de Chuck:

—¡Mirad! ¡Es Larry Owyhee, el hijo del general...!

CAPÍTULO V

Ahora el silencio se espesó aún más.

Me vi taladrado por las miradas, escrutadoras de los pies a la cabeza, como si estuviesen calibrándome.

—Todos ustedes son un hatajo de bribones, de embusteros, de embaucadores, de sinvergüenzas... —grité.

Los nervios me estaban jugando una mala pasada. Había tomado un café tras otro durante aquella noche infernal. Y estaba agotado, por mil millas de accidentada conducción desde Los Ángeles.

—¡Eh, eh, nos está insultando! —dijo uno.

Vi que Glen Hoxie apartaba bruscamente a los hombres que le impedían el paso hacia mí.

Y vi su expresión tempestuosa, sus puños cerrados.

Se detuvo a cinco pasos de mí, con las piernas entreabiertas.

Era el mismo Hoxie al que mi padre había expulsado, unos ocho años antes de su casa.

El mismo que robaba descaradamente en los suministros.

—Repita eso —exigió.

Me reí.

—Tengo la garganta seca, y no quiero repetir nada porque todos han oído mis palabras. Ya saben la opinión que me merecen los hombres que critican, que hablan mal de un hombre muerto, merecen que nadie les mire a la cara.

Por suerte, adiviné sus intenciones.

Supe que iba a atacarme inmediatamente, al distinguir el chispazo de sus malignos ojos animalescos.

—Te haré tragar esas palabras, pequeño diablo —gruñó.

Y acometió como un paquidermo furioso.

Sé que si me hubiera acertado con uno de sus puños como piñas, me hubiera enviado al Limbo.

Pero me aparté. Y cuando cruzaba ante mí, le lancé un trallazo detrás de la oreja izquierda.

Hoxie aterrizó de mala forma.

Su dura cabeza golpeó contra la gramola automática y la rompió.

Entre las exclamaciones de asombro de los clientes y las maldiciones de Chuck Garrido, Hoxie se alzó del suelo y se puso lentamente en pie.

Apenas había puesto rígidas sus piernas cuando le golpeé en el hígado.

Su rostro se convirtió en cera. Vi sus extraños visajes, y supe que el golpe le había hecho daño.

—Pero... ¡Hoxie! ¿Qué diablos te ocurre? —graznó Hendrix—. Siempre has dicho que eras el hombre más fuerte de la región. ¿Por qué no lo demuestras ahora? ¿Vas a dejarte pegar por ese... Owyhee?

—Dale duro, Glen. Se lo merece —arrulló otro.

—Destrózale. Que se coma sus palabras. No podrá contigo. Le llevas muchos kilos de peso... ¡Dale!

Hoxie estaba respirando entrecortadamente, en medio del espacio que los clientes habían dejado en el centro del bar.

Usó de una vieja treta. Exageró el efecto de mi puñetazo.

—No voy a pegarle... —murmuró, dirigiéndose a la barra.

Me quedé helado. ¿Iba a quedar como un cobarde ante sus «inofensivos conciudadanos»...?

Lo que hizo, en realidad, fue agarrar una botella de ginebra y chascarla rudamente contra el borde metálico de la barra.

—Voy a matarlo... —aseguró ferozmente.

Siempre me han caído mal los tipos que recurren a medios tan poco limpios como las aristas del cristal de una botella rota.

Lancé un grito. La misma clase de grito que exhalan los luchadores de karate para impresionar a su enemigo. Y el grito fue muy efectivo.

Hoxie estaba ya con la botella en alto cuando se detuvo como paralizado.

Y yo aproveché su estupor magníficamente. Un golpe con el canto de la mano en el cuello le dejó inmóvil como una estatua.

Entonces salté sobre él, aferré su muñeca armada y la golpeé contra el mostrador hasta que se hizo añicos entre sus dedos.

—Está bien —rezongué—. No quiero más pelea. Pero les agradeceré que no vuelvan a mencionar a mi padre. Si alguien lo hace delante de mí, le pesará.

Me dirigí a la puerta.

Ya no tenía ganas de desayunarme, ni de tomar un trago.

Estaba abriendo la puerta, en medio de un silencio espeso, cuando la voz de Hoxie restalló como un latigazo:

—¡Quieto ahí, engendro del diablo!

Me volví hacia atrás.

Debí palidecer.

Chuck siempre había demostrado cierta manía en darle a su local un aspecto marinero.

Los faroles, por ejemplo. Recuerdos de algún viejo buque desmantelado.

Y las conchas que decoraban las paredes.

También había colocado un par de arpones, cruzados, en el muro sobre el que ahora estaban los restos de la gramola automática.

Glen Hoxie tenía uno de aquellos arpones en la mano. El arpón de un

buque ballenero.

Con un hierro, muy brillante, de unos cuarenta centímetros de longitud y un astil de dos metros.

Había visto morir a un hombre atravesado con uno de aquellos arpones, en Los Ángeles.

Había sido una riña entre hampones del puerto.

Y no me gustó, puedo jurarlo.

Apreté la puerta con fuerza, dispuesto a huir.

Por desgracia, en aquel momento alguien empujó fuerte hacia dentro, disponiéndose a entrar.

Oí el silbido de la mortífera arma.

Lo único que podía hacer, en aquellas circunstancias, era dejarme caer de espaldas.

Sentí un golpe terrible en el rostro. Y perdí toda noción de lo que ocurría a mi alrededor.

Solo aquellas voces...

—¡Ahora! ¡Linchémosle!

—¡Sí, vamos! ¿Qué esperamos?

—Hay que matarle. Aplastemos a los Owyhee, a esa casta de víboras infernales...

—¡Agarradle!

—¡Dejadme, dejadme! ¡Quiero ser yo el primero...!

—¡Apártate, yo me ocuparé de él...!

Afortunadamente, yo había perdido el sentido.

Algún tiempo después, abrí los ojos.

Me encontraba en una habitación rectangular, con dos o tres sillas y una vieja mesa de nogal.

Me habían dejado sobre un diván de dura madera.

Un hombre estaba inclinado sobre mí.

Era joven y sonreía.

—¿Se siente bien? Ajá, veo que pasó el susto.

Me incorporé de un salto.

—¿Qué... qué ocurrió? —balbuceé.

La cabeza me dolía horrorosamente.

Algo me tiraba en el rostro. Un pedazo de esparadrapo que sujetaba una venda.

—Soy el doctor Finney. Esos salvajes... ¡estuvieron a punto de matarle!

Miré al doctor Finney con más detenimiento.

Era un hombre de mi estatura, de unos treinta años de edad. Sus facciones eran regulares, y la expresión de su rostro inspiraba confianza.

Luego no lo había soñado. ¡Habían intentado lincharme!

Ahora comprendía el dolor en los costados, en el pecho y en las piernas.

Me habían golpeado impiamente. A patadas, a puñetazos...

Y el arpón que Hoxie había lanzado sobre mí me había alcanzado en la sien, de refilón, a juzgar por el escozor que sentía en aquel lugar, bajo la venda.

—Afortunadamente, el comisario Hurry estaba entrando en el bar de Garrido, cuando usted cayó al suelo. Y pudo contener a esos granujas —dijo Finney, sonriendo, como si tratase de infundirme ánimo.

Se lo agradecí, con unas palabras.

Y entonces me di cuenta de que alguien más estaba a mi espalda.

Era un hombre calvo, de unos cincuenta años de edad, llevaba uniforme y una pistola colgada de su cinturón, muy cerca de mi cabeza.

Comprendí que era Tom Hurry, el comisario.

—¿Qué tal, muchacho? —preguntó, sin demasiado interés—. Creo que no debió venir.

Parpadeé.

—¿Por qué no? Usted sabe que mi padre ha muerto de forma horrible —dije.

Asintió.

—Lo sé. Pero su presencia en Mountain Springs puede originar alborotos... como el de hace media hora, en el bar de Chuck. Créalo con certeza: le hubieran matado, si no llego a entrar en aquel momento. Tuve que pelear contra ellos a brazo partido hasta sacarle del bar. Siga mi consejo, muchacho. Arregle sus cosas cuanto antes y márchese.

Tuve que sonreír. La idea de que un ciudadano norteamericano en paz con las leyes no pudiera vivir donde le placiese, comenzó a exasperarme.

—No pienso darme prisa —dije. Y traté de incorporarme.

No lo hubiera conseguido, si las solícitas manos del joven doctor Finney no me hubieran ayudado.

Cuando me puse en pie, la cabeza me dio vueltas.

Hurry fue a sentarse tras su mesa.

—En tal caso, eludo toda responsabilidad. Escuche, señor Owyhee. La gente está muy excitada aquí. Sí, ya sé que esas historias parecen cuentos desorbitados, historietas para asustar a los niños traviesos. Pero existen muchas cosas oscuras y sospechosas en la conducta de su padre.

Me disponía a preguntar cuáles eran aquellas cosas, cuando escuché aquel chirrido.

Miré por la ventana. Un automóvil acababa de detenerse ante el cuartel de policía.

Del coche bajó una joven muy linda. Era morena, vestía un sencillo jersey y una minifalda. Sus largos cabellos le caían sobre los hombros.

La muchacha morena se dirigió rectamente a la puerta del cuartel. Poco después, la veía penetrar en el despacho de Hurry, donde nos encontrábamos.

Me miró fijamente, se detuvo en el vendaje, y saludó:

—Buenos días. ¿Es usted Larry Owyhee? Si se encuentra bien, le llevaré arriba. Míster Delanney está en cama, y no pudo venir personalmente —dijo.

Finney me animó con un suave empujón.

—Puede ir, si quiere. En realidad, solo necesita descansar. Subiré a verle al atardecer —aseguró.

—Gracias, doctor Finney. Gracias por todo, Hurry —murmuré.

Me acompañaron hasta la puerta.

Ya allí, Hurry volvió a remachar su punto de vista:

—Lo digo por su bien, Larry. Tal vez sea injusta la postura de esas gentes. Pero son personas sencillas, y están aterrorizadas. Si cayese en sus manos, ignoro si podría intervenir en su favor como hoy. Soy un hombre solo contra todos ellos.

—Lo pensaré —dije, por decir algo. Y seguí a la muchacha.

Ella me abrió la portezuela del pequeño «Triumph», y me ayudó a acomodarme.

Cuando se sentó tras el volante, la miré de reojo. Y comprobé que tenía unas piernas sensacionales y un busto perfectamente desarrollado y en su sitio.

—¿Quién es usted? —pregunté, de pronto, recordando que ella no había dicho su nombre.

—¿Acaso no me reconoce? —preguntó descaradamente, sin dignarse a dirigir sus ojos hacia mí.

Arrancó bruscamente.

Conducía demasiado aprisa por las estrechas calles de Mountain Springs.

En las puertas, en las tiendas, en las tabernas, vi a gentes que se paraban a mirar, sin pizca de simpatía en sus ojos.

«Para ellos, yo era solamente el hijo del odiado general Owyhee, aquel que “tenía pacto con el diablo”», pensé.

El «Triumph» había abandonado el pueblo, y corría a ochenta millas por hora por el enrevesado y peligroso camino que llevaba al Ojo del Diablo.

—¿No va a decirme su nombre? —repetí.

Ahora sí me miró.

Rectamente.

Tenía unos ojos negros, muy hermosos. Pero aquellos ojos destilaban odio hacia mí.

—Creí que podría recordarme. Soy Terry Sawyer, la hija de Mammie —dijo lentamente.

La recordé, de pronto.

La pequeña, morena y renegrida, que Mammie solía llevar por

temporadas a la mansión de los Owyhee.

—Has cambiado mucho —dije. Y comprendí lo estúpido de mi observación, por lo que me eché a reír, sin poder evitarlo.

—Está bien, Terry. Celebro volver a verte —dije, amable.

Ella tenía las mandíbulas apretadas y los labios, finos y sensuales, semejabán una fina línea recta.

—No puedo decir lo mismo —afirmó entre dientes.

Fui a responder algo, pero el coche había llegado al Ojo de Satanás y frenaba bruscamente en el patio interior.

Antes de que hubiera podido decir una sola palabra, Terry había bajado y cerrado de un tremendo golpe.

—¡Espera! —grité, viéndola marchar.

Pero Terry no se detuvo una sola vez.

—¡Larry, tú debes ser Larry! —exclamó alguien, a mi espalda.

Me volví rápidamente.

En la gran escalera de piedra, que conducía al piso superior había una mujer.

Muy bella, bellísima, he de confesarlo. Era alta y bien proporcionada, y sus cabellos rojos resplandecían como una llamarada.

La vi descender los peldaños con ligereza y elegancia, y llegó junto a mí.

Viendo que mis ojos la recorrían críticamente, de pies a cabeza, ella sonrió suavemente.

—Piensa que soy tu madre —dijo, con burla—. O mejor, tu madrastra.

Me quedé sin habla.

Había oído hablar de una esposa del general, en el bar de Chuck. Pero pensé que, sin duda, aquellos tipos estaban equivocados.

—¿Mi madrastra? —pregunté, asombrado—. Nunca me dijo nadie que mi padre se hubiera casado por segunda vez.

Entonces reparé que sus ropas eran oscuras, de luto.

—Nos casamos hace seis meses —declaró ella, un tanto cohibida por mi desairada postura—. Me llamo Diane... Diane Owyhee. Mi nombre de soltera es Alberthy.

—Encantado, señora... Owyhee —dije sardónicamente—. ¿Quiere explicarme qué sucedió exactamente?

Se mordió los labios. Parecía amedrentada.

—Bueno... Él se encontraba en la biblioteca, como siempre. Nadie sabe si el fuego lo inició un rayo o algunas chispas se desprendieron del hogar que a él le gustaba mantener encendido toda la noche... Fue Delanney el primero en despertar, dando gritos. Su habitación está cerca de la biblioteca. Según dice, vio salir las llamas por las ventanas que dan a la galería colgada sobre el abismo...

—Siga.

—Sus gritos nos despertaron a todos. La puerta de la biblioteca ardía ya. Delaney cogió un extintor y salió a la galería. Le seguí. De pronto, vimos saltar aquella figura. Era Harold Owyhee y... ¡ardía como una tea! Antes de que pudiéramos reaccionar, sucedió algo horrible. Harold exhaló un grito terrorífico. Ciego, alocado, se abalanzó sobre la baranda y se despeñó sobre el abismo...

Un sollozo se engendró en mi pecho, atenazó mi garganta y salió al exterior, desgarradoramente.

CAPÍTULO VI

Ella me estaba cuidando solícitamente, como una madre.

—Vamos, Larry. Toma esto. Te confortará. Has sufrido un tremendo ataque nervioso. El doctor Finney estuvo aquí, hace un rato. Le dije que estabas durmiendo y te ha recetado unos comprimidos.

Me dolía terriblemente la cabeza. Por otra parte, el mareo no me abandonaba.

Tomé el vaso que me tendía Diane, y tragué el comprimido.

—¿Cómo... cómo os conocisteis? —pregunté. Y ella comprendió, sin más explicación.

Se sentó en el borde de la cama.

Tuve que admirar su perfecto perfil, el brillo de los ojos dorados, la perfección de su busto...

—Fue hace poco más de ocho meses. Yo era enfermera. El doctor Finney puso un anuncio en los diarios de Sacramento, y me decidí a venir aquí. Klower y Finney, que se ocupaban de tu padre, decidieron que era necesaria una enfermera. Vine. Escuché todas esas horribles cosas que se decían sobre tu padre... Soy una mujer práctica, y nada creí de aquello. Pero sí comprendí que el general estaba muy enfermo. Desquiciado. Hablamos muchas horas. Yo trataba de apartarle de la biblioteca y sus libroles. Un día, sin más, me propuso que me casara con él...

—¿Por qué? —pregunté.

—Lo ignoro. Necesitaba compañía desesperadamente. Me facilitó las cosas. Me dijo que no tendríamos contacto sexual, que todo sería liso y llano entre nosotros. Accedí. Sentía compasión y admiración por él. Una rara combinación, ¿no es cierto? Me prometió nombrarme en su testamento. Yo necesitaba dinero, lo confieso. Tengo dos hermanos subnormales y una madre en un sanatorio mental. Así fue como ocurrió, Larry.

Pestañeó. Era una historia extraña. Pero real. Bastaba ver la expresión de Diane para comprenderlo.

Cerré los ojos. Me sentía cansado, dolorido, deprimido.

—¿Quieres dormir? Está bien, te dejaré, Larry. Descansa. Hablaremos todo lo que quieras cuando te hayas repuesto —dijo.

La vi alejarse con una expresión admirativa en mis ojos.

Una bellísima mujer, casada con un demente. Con mi padre.

Un minuto después, alguien llamó a la puerta. Dije «adelante», y vi aparecer en la puerta a una doncella.

—Buenas tardes, señor —dijo suavemente. Y llegó junto al lecho—. ¿Se

encuentra mejor...?

Parpadeé. Era una muchacha de mi edad, aproximadamente.

Y tenía todo lo que la mujer más atractiva pudiera desear. Una carita de muñeca, una cabellera castaña, brillante, algunos de cuyos ricitos le caían sobre la frente.

Y un cuerpo de Venus, ceñido perfectamente por el uniforme blanco de falda corta.

¿Quién era...? Se lo pregunté.

—Me llamo Helen, señor. Helen Welland. Soy la doncella y ayudante de la nueva cocinera, la señora Harrison. La señora Owyhee me envió a su habitación, por si necesitaba algo.

Sonreía, coqueta, a sabiendas de que yo estaba mirándola intensamente.

Recordé una frase que había escuchado en el bar de Chuck Garrido: «Helen Welland asegura que ha visto a esa mujer —Diane Alberthy, sin duda— invocando al diablo desde una de las buhardillas».

—¿Es cierto que ella tiene tratos con el diablo? —pregunté, de pronto.

Sus mejillas se tiñeron de rojo púrpura. Balbuceó, hizo un vago ademán con las manos, y me miró.

—No tienes nada que temer, Helen —aseguré—. Tú y yo somos de la misma edad aproximadamente. Podemos tener confianza el uno en el otro, ¿no te parece?

Sonrió. El color natural volvió a su cara... Y se sentó sobre el borde de la cama en que yo descansaba.

—Tiene razón, señor. Yo...

—Llámame Larry —dije, sonriendo.

—Pues bien... Larry. No me gustaría ofender a nadie. Pero es cierto que sorprendí arriba a la señora. Estaba postrada de rodillas, vestida con un extraño ropaje rojo y dos cirios encendidos. Alrededor de ella, había unas cuantas estatuillas infernales. La oí murmurar algo que no entendí. Tuve miedo, hui.

Pasé una mano por encima de sus hombros. Al cálido contacto, noté que ella se plegaba como una gatita cariñosa.

Me ofreció los labios. La besé, no me quedaba otra alternativa.

Sabía besar. Y tenía la sangre ardiente, como una marmita hirviendo.

—Quiero que me tengas al tanto de todo lo que ocurre en esta casa, Helen. Por cierto, ¿qué le ocurre a Delanney? —pregunté.

Stuart Delanney era el hombre que mi padre había contratado como mayordomo, diez años antes.

Delanney era un hombre joven y bien parecido, que había hecho la guerra de Corea y había llegado a sargento.

Mi padre siempre le había tenido como un servidor fiel, en el que se podía depositar toda confianza.

—¿Delaney? Se le rompieron los nervios —dijo gráficamente Helen, mientras me acariciaba suavemente por encima de la venda—. Le dio un ataque enorme después... después de...

—Comprendo —dije—. Después del accidente que costó la vida al general, ¿es eso? Está bien, Helen. Sé que puedo confiar en ti. Ahora voy a dormir. Me siento muy cansado.

Se puso en pie y me besó. ¡Dios santo, tenía unos labios tan jugosos y frescos...!

Cerró suavemente la puerta y desapareció.

Mi jaquica seguía atormentándome. El remordimiento por la muerte de mi padre, también.

¿Qué trágicas y penosas circunstancias habían rodeado a mi padre, en sus últimos momentos?

Me estremecí. Había muerto abrasado. O mejor, despenado. Quizá hubiera sido mejor la muerte que vivir todo el resto de su vida desfigurado como un monstruo.

Cerré los ojos. Afuera, sonaba el rumor monocorde de la lluvia azotando los muros y las ventanas.

Estaba diluviando verdaderamente. El viento soplaba incesantemente, produciendo una especie de aullido diabólico, al colarse por las rendijas de puertas y ventanas.

Volví a abrir los ojos. El día estaba muriendo. Apenas penetraba luz por la ventana. Mi habitación permanecía iluminada por una pequeña lámpara de noche.

Sin querer, mis pensamientos se dirigieron a aquel extraño cúmulo de noticias, ideas y sentimientos que poblaban mi mente.

Hendrix había hablado de aquella noche en que un rayo destruyera el transformador que surtía de energía eléctrica al pueblo. ¿Cómo era posible, entonces, que el Ojo de Satanás brillara como un ascua en la noche?

Recordé, de pronto, a Terry Sawyer. Su conducta para conmigo... ¡aquella muchacha parecía odiarme! ¿Por qué...?

Me imaginé a Mammie Sawyer, su madre, aquella mujer gruesa y bondadosa, que me obsequiaba con pasteles, con bollos recién salidos del horno... ¿acaso imaginaba Terry que su madre había muerto de horror...?

Creo que me quedé dormido, pensando en todo lo que pasaba.

Y debió ser un sueño terrible, poblado de pesadillas.

De pronto, mi atormentada mente me hizo ver aquel inaudito espectáculo.

¡Todo un muro de la habitación giraba sobre un oculto eje...!

Al mismo tiempo, en el interior del gran dormitorio fulgió una luz rojiza, fosforescente.

¿Qué era aquello, santo cielo?

Una, dos, tres... hasta cinco figuras diabólicas acababan de aparecer

por un hueco rectangular.

Podía ver sus rostros deformes, sus ojos brillantes, sus dedos terminados en terribles y afiladas uñas.

Bailaban una horrible danza ante mí. Y el suelo estaba cubierto por rojos vapores de azufre, que me obligaban a toser.

De pronto, un diablo de elevada estatura y labios sangrantes, me señaló con uno de sus dedos.

—¡Está aquí! —chilló. Y su voz se diluyó como el sonido de una campana sumergida—. ¡Él también será nuestra víctima!

—¡Sí! —gritó otro—. ¡Apoderémonos de su espíritu!

Me rodearon, alargaron hacia mí sus bestiales rostros.

Debí gritar muy fuerte, desesperadamente.

¿Intenté saltar del lecho, huir?

No podía moverme. Quería gritar mi horror. Pero la voz no salió de mi garganta.

Quise cerrar los ojos, evitar aquella horrenda orgía.

Pero la escena diabólica se ofrecía a mis ojos, incluso a través de mis párpados.

El aquelarre satánico brotaba alrededor de mi lecho. Vi sus siluetas agitándose epilépticamente, como si una infernal tortura les obligase a moverse en grotescas contorsiones.

Una ventana estalló con estrépito. Miré hacia allá, horrorizado. Las hojas de la ventana se habían abierto, como empujadas por la mano de un gigante...

En el suelo estaban los cristales rotos, los visillos flameaban al viento.

Luego, por aquel hueco, apareció un fulgor verdoso.

Una vieja de rostro descarnado y grisáceo, desdentada, penetró en mi habitación.

—¡Adelante, hermana! —chilló, riendo a carcajadas, uno de los espíritus demoníacos.

—¡Sí...! ¡Ven con nosotros y apodérate de su cerebro! ¡Domínale con tu poder increíble!

—¡Es la... locura! —gritó otro.

Uno de ellos me señaló de nuevo, con su larga y afilada uña.

—Él también será nuestro servidor. Nos adorará, nos ofrendará su espíritu. Y para ello... nada mejor que contar con tu ayuda, hermana. ¡Es tuyo! ¡Tómalo en tus descarnadas manos y poséelo...!

Me agité frenéticamente al ver que la horrible aparición verdosa se aproximaba.

¡La locura!

Quise saltar, huir, al ver que la alucinante vieja se aproximaba a mi lecho.

Pero mis músculos estaban como acartonados, y no pude moverme.

En el paroxismo del pánico, vi cómo se inclinaba sobre mí.

Un aliento fétido, mareante, cayó sobre mí.

Sentí los dedos esqueléticos, palpando mi cuerpo joven.

Contemplé, en inaguantable tensión, aquella boca desdentada. Y los asquerosos cabellos grisáceos, el rostro arrugado y marchito, la piel pegada a la alucinante calavera.

—¡La locura! —grité yo también, estremeciéndome de espanto y asco.

Luego, de repente, la horrible figura verdosa se inclinó sobre mí. Y me abrazó.

Todo mi ser se revolvió.

Alrededor de mí, cinco espíritus del Mal me contemplaban con extraño regocijo...

Entonces, yo creí que el mundo de las tinieblas se derrumbaba sobre mí, y me aplastaba con sus horribles poderes.

CAPÍTULO VII

Junto a mí se movió una mano. Carnosa, fresca, olorosa, fina...

No era la descamada mano de la Locura.

—Pobrecito —oí que decía alguien. Y reconocí la voz de Diane Alberthy.

Abrí los ojos.

La vi junto a mí, bella, fresca como una rosa. La reencarnación de la vida.

—¿Se... se fueron? —pregunté.

—¿Quiénes...? —una arruguilla de asombro se marcó en su frente ligeramente abombada—. Ah, ya descansa, querido. Has debido padecer horribles pesadillas. Te oí gritar y vine hasta aquí. Me asustaste, Larry. Te revolcabas en la cama frenéticamente, y tu rostro estaba contraído como el de...

—¿Cómo el de un poseído? —pregunté.

—Sí... traté de despertarte y me... rechazaste de un golpe. Aún tengo aquí la moradura.

Vi la hematoma sobre su pómulo, gruesa como una moneda de dólar. Imaginé el puñetazo que debí largarle, y me sentí compasivo.

—Pobre Diane... Lo siento. ¡Lo siento de veras!

Ella siguió acariciándome. De pronto, sin poder resistir la tentación, tomé su barbilla, la atraje hacia mí y la besé largamente, con ansia.

—Larry, Larry, no debiéramos... —murmuró ella.

Se retiró, turbada.

Pero yo, débil como un niño, necesitaba estrecharla en mis brazos.

La abracé. Ella murmuraba algo en voz baja, como una reprimenda.

Sentí su cuerpo turgente, joven, cálido y oloroso. Las sienes me zumbaron sentí en lo más profundo de mí ser la llama del deseo.

—¿Por qué... por qué te resistes? —inquirí, enardecido—. Solo fuiste para él una enfermera. No tienes nada de qué avergonzarte. ¡Diane...! Me gustas. Eres para mí como una diosa...

Alguien llamó a la puerta.

Diane se separó de mí sin brusquedad, pero con indudable energía. Fue entonces cuando me di exacta cuenta de lo que había estado a punto de suceder.

Helen estaba en la puerta. Sus ojos tenían una expresión burlona. Como si estuviera al tanto de todo.

—El señor Delanney quiere hablar con usted, señor. ¿Quiere recibirle aquí?

—No —dije bruscamente—. Voy a levantarme.

—Pero... ¡Larry! Estás muy débil aún —protestó Diane, que se había puesto en pie.

—Está decidido. Por favor...

Salieron las dos.

Me puse en pie sobre la cama y... aterricé de nuevo sobre el colchón. Apenas podía sostenerme sobre mis piernas.

Pero quería respirar aire puro. Y olvidar aquella terrible pesadilla.

Me duché, me afeité. Y me enfundé en un jersey grueso de lana y unos pantalones *blue jeans*.

Salí al patio. En el garaje distinguí la recia y maciza silueta de Jim Prosey, el chófer de mi padre.

No había envejecido notablemente. Él me vio primero y vino a mi encuentro.

—¡Larry! Perdón... señor Owyhee —murmuró—. ¿Está bien?

—Seguirás llamándome Larry toda la vida, o tendremos que calzarnos los guantes, Jim, ¿te acuerdas?

Vi surgir la amplia sonrisa en su rostro simple, pero simpático.

Me abrazó con fuerza, sin remilgos.

—¡Cómo olvidarlo, muchacho! Las carreras en el viejo «Ford», por las carreteras polvorientas, los combates de boxeo, el «tesoro del viejo Alex», los baños en la laguna...

Sus ojos habían resplandecido. Pero, de pronto, su expresión cambió. Apareció una súbita tristeza en su rostro.

—Larry... Lo siento de veras. El general está muerto. Era un hombre muy extraño, pero siempre fue bueno para mí. Él sabía que yo era...

Asentí. El general le había dado un empleo, a sabiendas de que Jim Prosey había cumplido una condena de doce años en San Quintín, por asesinato.

Al menos, tal había sido el veredicto. Aunque yo, muchas veces, había dudado de que un hombre tan bondadoso como Jim pudiera haber asesinado.

—Celebro estar aquí de nuevo, Jim, aunque solo sea por unos días. Veo que estás sacándole brillo al «Lincoln». Por cierto, ¿por qué no me llevas a dar un paseo? —dije, con una pisca de travesura.

—¿Ha desayunado ya? —preguntó.

—¡Al diablo eso! Desayunaremos por ahí. Tengo algún dinero. ¿En marcha?

Me acomodé en el asiento de la derecha. Mi padre había comprado aquel «Lincoln Continental», pocos meses antes de que yo abandonara el lugar.

El coche, de casi ocho metros de longitud, era el automóvil más cómodo que yo había visto en mi vida. Disponía de radio-teléfono, de

mueble-bar, de mesitas auxiliares sobre el asiento trasero e incluso de agua para lavarse las manos, amén de una pequeña máquina de escribir portátil.

Jim se había sentado junto a mí, y maniobraba para sacar el coche del garaje.

Un momento después, atravesaba el patio y enfilaba el túnel que daba principio al camino.

Girándome en el asiento, vi a Diane, que hacía gestos desde la galería superior.

—¿Nos detenemos? —preguntó Jim. Pero yo le miré, y reí de buena gana, señalándole el empinado camino.

—Será mejor que no entremos en el pueblo. ¿Qué te parece unos huevos con jamón en Truckee, Jim? Beberemos buen vino de la región, y podremos charlar un rato.

Vi que se le alegraban los ojos.

Rodeamos Mountain Springs y alcanzamos la carretera. Jim era un experto conductor, y conocía la montaña al dedillo.

Media hora después, el automóvil se detenía suavemente ante la llamativa fachada de un parador de carretera llamado Range Inn.

—Vengo a este lugar muy a menudo —confesó Jim, con pesar—. Traigo la camioneta para hacer la compra para una semana. En Mountain Springs... Bien, nadie quiere vendernos, o poco menos.

—Magnífico. Comprando en Truckee, tendremos la seguridad de que esos energúmenos no van a envenenarnos —intenté bromear.

Durante la siguiente media hora, ante sendas bandejas bien servidas, me empeñé en olvidarme de los motivos que me habían llevado a la montaña.

Comí con apetito, ansioso por recuperar mis fuerzas. Jim comía pausadamente, moviendo las mandíbulas rítmicamente.

—Me gustaría volver aquí en el verano, y bañarme en la laguna, Jim —dije, después de apurar mi vaso de vino.

Él me llenó ligeramente de nuevo. Y preguntó:

—¿Y volver a poner en marcha el viejo «Ford»?

—¡Claro! —exclamé, alborozado—. También me gustaría construir una bodega, almacenar buen vino rojo como este.

—También el general empezó a construir una bodega. Los albañiles estuvieron trabajando dos semanas, realizando la excavación. Ignoro por qué la obra no siguió adelante. Delanney despidió a los hombres, y se terminó.

«Es algo extraño —pensé—. ¡Tal vez descubrieron el “tesoro del viejo Alex”».

Ambos reíamos de buena gana.

El «tesoro del viejo Alex», era una broma que Jim me gastaba cuando yo era pequeño.

Según las gentes del pueblo, por aquellas montañas había vivido, el siglo pasado, un viejo buscador de oro, llamado Alex.

Según la historia, Alex descubría una mina de oro tras otra. Pero apenas encontradas, las cegaba con tierra, temeroso de que alguien pudiese matarle para robarle.

Cuando Jim me veía husmeando por el sótano o las cuadras, invariablemente solía preguntarme en broma:

—¿Qué, Larry? ¿Estás buscando el «tesoro del viejo Alex»? —y también invariablemente, ambos nos echábamos a reír.

Pregunté a Jim sobre Diane Alberthy, sobre Delanney y los otros servidores.

Jim era un hombre discreto, pero tenía mucha confianza conmigo.

—La verdad, Larry. Estoy amedrentado. No creo que, con la muerte del general, termine este tenebroso clima. Huelo en el aire que algo va a pasar. Y pronto... Todo son miradas huidizas, silencio. Nadie quiere hablar.

No logró explicarme cómo podía adivinar aquellas cosas. Las intuía, y eso era todo. Le pregunté por Helen Welland y por Terry Sawyer.

—A la señorita Welland la contrató la propia señora Owyhee. En cuanto a Terry... Me preocupa esa chica. Ha cambiado mucho desde que su madre murió, hace unos meses. Apenas habla con nadie...

—¿Qué hace ella en casa? —pregunté.

—Estudiaba en Frisco, y vino a pasar las vacaciones de verano. Ella estaba aquí cuando su madre murió. Y se ha quedado, ha descuidado sus estudios...

—Dime, Jim. ¿Qué pasó con Mammie? Terry me miró ayer con una expresión de odio que me hizo pensar. ¿Por qué?

La expresión del chófer se tornó adusta. Parecía costarle un gran esfuerzo hablar de aquel tema:

—Terry piensa que su madre murió de horror. Verás, temería equivocarme, pero sospecho que Mammie había oído alguna conversación o... estaba en posesión de algún terrible secreto. Aquella noche en que murió...

»Mammie se había quedado sola en la cocina hacia medianoche. Como siempre.

»Al parecer, estaba poniendo en orden sus cacerolas y comprobando si el horno estaba apagado, porque la encontramos tendida ante la trampa abierta... Yo fui el primero en llegar junto a ella. Su rostro estaba pálido, sin sangre, y sus facciones aparecían crispadas en un gesto de insuperable horror...

—¿Cómo supuso que le había ocurrido algo anormal?

—Yo estaba desabrochando mis tirantes, disponiéndome a dormir. Oí, de repente, un alarido que me heló la sangre en las venas. Al fin, pude reaccionar, salir al pasillo y correr con todas mis fuerzas escalera abajo.

Ella estaba muerta. Cuando me puse en pie, Terry estaba a mi lado. Me dio miedo su expresión. Traté de consolarla, pero ella se desasíó de un manotazo y se abrazó, llorando histéricamente, al cuerpo de su madre. Vino el doctor Finney, la reconoció y declaró que Mammie había muerto de un ataque cardíaco...

Permanecimos en silencio durante un minuto largo.

—¿Qué hay con los perros, Jim? —dije al cabo—. ¿Es cierto que mi padre los tenía sin comer y los soltaba por la noche.

Le vi dudar. No respondió.

Pagué y volvimos al coche.

—¿Hay un grupo electrógeno en casa? —pregunté, de pronto.

—Desde luego que no —respondió—. ¿Para qué haría falta? Hay energía eléctrica de origen industrial.

Le pedí que me dejara conducir de vuelta al Ojo de Satanás, y accedió de buen grado.

Estábamos muy cerca de Mountain Springs, y el automóvil tomaba una cerradísima curva, cuando sentí un violento tirón del volante hacia la derecha. Y precisamente a la derecha existía una caída vertical de más de veinte metros: un talud erizado de rocas.

Frené en seco, alarmado.

—Tranquilízate, Larry —me aconsejó Jim, cordial—. No ha sido más que un pinchazo. Una de las ruedas delanteras. La cambiaré en unos minutos.

Bajamos. No había llovido en toda la mañana, pero el cielo presentaba un tono plomizo y tristón.

Me estremecí, mirando la posición del coche: una de las ruedas traseras había quedado a tres centímetros del vacío.

Jim subió con cuidado, quitó el freno de mano y dejó que el automóvil rodara hacia atrás unos metros, hasta situarlo en lugar seguro.

Fue en aquel momento cuando sonó un claxon.

Miré por encima del coche, y vi una furgoneta gris, de las que se utilizaban para el reparto.

Sentí una premonición, un aviso. Y cuando el coche pasó a nuestra altura, me dejé caer bruscamente al suelo.

Jim me miró, extrañado.

—¿Estás bien, Larry? ¿Qué te ha ocurrido? —se acercó, solícito, tendiéndome una mano.

Jamás me he sentido más ridículo.

Había temido que el pinchazo no hubiera sido fortuito, que todo estuviera preparado para obligar a parar. Y entonces, sencillamente, los de la furgoneta podrían ametrallarnos a mansalva.

Pero nada de aquello había ocurrido.

Mis ojos seguían a la furgoneta, que rodaba trescientos metros más allá

enfilando otra de las peligrosas curvas.

Entonces llegó hasta nosotros aquel fulgor vivísimo.

¡Y la furgoneta saltó en el aire, despedazada, en medio de la atronadora explosión...!

—¡Por vida de...! —barbotó Jim, demudado.

Yo ni siquiera pude lanzar una exclamación.

En el aire se elevaron pedazos de roca y plancha metálica, mezclados con una nube de polvo que permaneció arriba largos minutos.

Jim estaba zarandeándome por el brazo.

—¡Larry, Larry...! ¿Lo viste? Iba rodando y... ¡zas...! voló en mil pedazos. ¿Qué... qué diablos puede haber ocurrido?

Yo estaba tratando de imaginármelo todo.

—Será mejor que no nos movamos de aquí hasta dentro de un rato —dije.

—Pero ¿por qué? —preguntó, estupefacto.

—Porque dentro de unos minutos, el comisario Hurry estará aquí, con sus ayudantes. Podrá ver que hemos tenido un accidente. Trataré de explicarle, de hacerle comprender que alguien quería asesinarlos.

—¿Ase... asesinarlos?

Asentí.

—Creo que pusieron una carga de presión en la carretera. Un pedazo de goma como los «cuenta-coches» de la policía ¿comprendes? Basta que un vehículo aplaste la goma para que una chispa eléctrica haga explotar una carga de explosivo plástico. Si no hubiéramos pinchado casualmente... —me estremecí a mi pesar—. A estas horas estaríamos convertidos en diminutos fragmentos distribuidos sobre una hectárea de superficie.

Jim me miró extrañamente.

En aquel momento oímos una sirena. Poco después, el coche de Tom Hurry aparecía en la carretera.

CAPÍTULO VIII

Realmente, Stuart Delanney era un hombre decididamente guapo.

Y no solo guapo. Era alto, de atlética complexión y muy elegante. Por lo demás, sabía charlar de mil temas diversos y... había sido un regular actor de teatro.

Cuando Jim y yo regresamos a casa, hacia la una, Delanney estaba esperándonos en el patio.

Parecía un tanto enfurruñado, pero me dio un abrazo cuando llegué junto a él.

—¡Larry! ¡Muchacho! Yo... no tengo palabras para... para demostrarte mi pesar. ¡Pobre general...! Fue todo tan... horrible, tan dramático —murmuró con visible emoción.

Palmeé su espalda, murmuré unas frases deshilvanadas.

Luego, Delanney se calmó, y ambos subimos los peldaños de la escalera.

—Sigues siendo el mismo rebelde de hace años —dijo con cierto reproche—. Ansiaba verte, hablar contigo, Larry. Pero además... hay alguien esperanto por ti.

—Disculpa, Stuart. Estuve saludando a Jim. Y sentí la tentación de dar un paseo en el «Lincoln» —ni siquiera dije que habíamos estado a punto de morir, al regreso de Truckee.

—Míster Brown llegó esta mañana. Es el notario de Truckee. Tu padre le confió su testamento —me dijo Stuart—. El pobre hombre lleva esperando... ¡más de tres horas!

—Lo siento. Me disculparé —dije.

—No hace falta. Se lo expliqué. Por lo demás, es un hombre muy cordial.

Brown esperaba en uno de los salones, pacientemente.

Un hombre delgado, con gafas y aspecto de burócrata. Me tendió la mano cuando Stuart me presentó, y pronunció unas breves palabras de condolencia.

Al fondo del salón, aguardaba Diane Owyhee, Terry Sawyer y una mujer madura de raza negra.

Un momento después, Jim pedía permiso para entrar, y aguardaba respetuosamente detrás de mí.

Brown abrió su cartera, y se sentó junto a la ventana. Carraspeó levemente y dijo:

—Les he reunido aquí para leerles el testamento de mi cliente, el general Harold Owyhee. Sé, por experiencia, que la lectura de un

testamento completo es algo engorroso y pesado, sobre todo para los que deben escuchar. Pero así lo ordenan las leyes. Más tarde entregaré a cada uno de ustedes copias de este documento para que puedan consultarlo cuando quieran. Por favor, ¿quieren sentarse?

Había unas sillas junto al gran ventanal, por el que penetraba una claridad grisácea, espectral.

Me senté. Junto a mí lo hicieron Delaney y Diane. El resto de las personas se sentaron detrás.

—Señor Brown —dije, calándome unas gafas oscuras—. He oído ciertos comentarios. La gente pone en tela de juicio que el estado mental de mi padre fuera normal. ¿Es posible que su testamento sea legal?

—Lo es, señor Owyhee. El general testó ante mí y los testigos que estipula la ley. Voluntariamente, se prestó a ser examinado por tres psiquiatras. El resultado figura en el testamento: el general estaba en uso de sus facultades mentales, en el momento de testar. Por tanto, su voluntad tiene valor de ley. Y ahora, si me lo permiten, continuaré.

Quedé muy sorprendido, al saber que mi padre me nombraba heredero universal de todos sus bienes.

—La tasación alcanza una cifra de tres millones seiscientos cincuenta mil dólares con... —la voz de Brown casi ahogada por las exclamaciones llenas de asombro.

Yo no me asombré mucho. Sabía que la fortuna del general estaba bien colocada en valores seguros y rentables, por lo que sus bienes habían ido aumentando constantemente.

—A mi actual esposa, Diane, lego la cantidad de cien mil dólares...

Me había puesto las gafas para mirar a hurtadillas a los presentes. Y no vi el menor gesto en las bellas facciones de Diane.

—A mi administrador, Stuart Delaney, lego cincuenta mil dólares...

Tampoco Delaney parecía especialmente emocionado.

—A mi chófer, James Prosey, una pensión vitalicia de cinco mil dólares anuales...

No podía ver a Jim, pero supuse que mentalmente estaba dando las gracias al difunto general.

—A Terry Sawyer, hija legítima de Mammie Sawyer, lego la cantidad de cien mil dólares, y una beca para terminar sus estudios...

No pude verla, pero Terry se puso en pie violentamente y gritó:

—¡Al diablo! No pienso aceptar un céntimo. Así se lo hago saber desde ahora, señor Brown. Para mí, como si ese legado no existiese... De aceptarlo, jamás podría mirar a nadie cara a cara, de aquí en adelante.

Su explosión produjo una gran consternación. Todos se pusieron en pie y me miraron, esperando que yo dijese algo. Pero yo permanecía tranquilamente sentado en mi silla, contemplando los acontecimientos.

—Puede renunciar, *miss* Sawyer. Si lo desea. Pero ahora, por favor,

déjeme continuar. Siéntense, por favor —solicitó Brown.

Todos obedecieron lentamente, excepto Terry, que dio media vuelta y abandonó el salón, dando un tremendo portazo que hizo vibrar los cristales.

—A la señora Loretta Smith, madre de mi fiel mayordomo Steve Smith, muerto en trágicas circunstancias, lego cien mil dólares...

Miré a la señora Smith. Y vi un brillo de lágrimas en sus ojos.

—Cláusula final: la casa llamada vulgarmente Satan's Eye, y los terrenos inmediatos a ella podrán ser poseídos por mi hijo legítimo y heredero, Lawrence Owyhee, por el tiempo de un año. Si desea adquirirla en propiedad, deberá abrir un fondo de quinientos mil dólares a favor de una institución para enfermos mentales que se denominará Sarah Owyhee. En el caso de que no le interesase dicha propiedad o muriese en el plazo de un año, la casa y el terreno serán entregados a la ciudad de Mountain Springs. La municipalidad de la mencionada localidad podrá vender o utilizar la casa y los terrenos...

Me quedé de piedra. ¿Qué significaba aquel absurdo...?

Había una cláusula añadida: el general ordenaba que sus restos fueran depositados junto a los de su primera esposa, Sarah, en la ciudad de San Francisco.

«Así lo digo, otorgo y ordeno. Esta es mi única voluntad...».

—¿Desean alguna aclaración, señores? —preguntó Brown. Y viendo que nadie hacía ninguna objeción—. Acérquense y firmen este documento, por favor.

Yo fui el primero en firmar. Con ello acataba, en todas sus cláusulas, el testamento de mi padre.

Por lo demás, su legado era bastante justo y equitativo. Solo estaba aquella cláusula final, aquella decisión indescifrable.

Si quería la casa en propiedad, debía pagar por ella medio millón de dólares. ¿Quién iba a dar medio millón por aquella propiedad, con la fama que la gente de Mountain Springs le había adjudicado...?

Por mi parte, estaba seguro de que nadie la querría. Sin llegar a comprender todo aquel galimatías, me encogí de hombros. ¿Quién podía profundizar en el pensamiento del general?

Estreché la mano de Brown. Estaba diciéndome que, a partir de entonces, yo podía disponer de todos mis bienes, adjudicados en el testamento.

Diane permanecía apartada. Me pareció ver un rictus de ira en sus ojos. ¿O me lo imaginaba?

—¿Cuándo será el funeral, Larry? Mister Brown deberá asistir. El cadáver se encuentra en el depósito frigorífico municipal —dijo Delaney, acercándose a mí.

—Hoy mismo —decidí, de pronto—. Puedes encargarte de la gestión.

Los restos viajarán hasta Sacramento en automóvil y hasta San Francisco en avión, míster Brown puede venir con nosotros.

Dio las gracias y se despidió.

Comí solo en mi habitación. Estaba cansado, y me dejé caer en la cama. Solo había cerrado los ojos, cuando entró Diane.

—Larry, estoy emocionada. ¡Tu padre fue tan generoso conmigo! —dijo.

Y me besó levemente en los labios. Por mi parte, la tomé por la cintura y la apreté ardorosamente.

—Te necesito —dijo apasionadamente—. ¿Por qué no cedes?

Forcejeó un poco y logró apartarse.

Se puso en pie y paseó nerviosamente. De pronto, se detuvo y me miró intensamente.

—Larry... Confieso que me gustas más de lo que imaginé, cuando tu padre me hablaba de ti. Pero seamos respetuosos. Él apenas acababa de morir. Dejemos correr los días. Luego...

Sonreía.

—De acuerdo. Dejemos que pasen algunos días. Más tarde...

Se dejó besar. Y respondió a mis besos y mis caricias... a cierta distancia.

—Ahora debes descansar, Larry. Aún no te has repuesto. Toma, traga esta pastilla. Fue Finney quien te las recetó —dijo, ofreciéndome una píldora, y un vaso de agua.

La rechacé bruscamente, como si estuviesen ofreciéndome un veneno.

—Lo siento —me disculpé, viendo que el agua había manchado sus ropas—. No tengo ganas de pastillas sino de descansar.

—Como quieras —respondió con dulzura—. Duerme. Que tus sueños sean leves y suaves como el vuelo de un pájaro.

Cuando salió, tomé dos o tres de aquellas píldoras del pequeño frasco, y me las guardé en el bolsillo del pijama.

Pensaba hacerlas analizar en el laboratorio, en cuanto llegásemos a Frisco.

CAPÍTULO IX

«Aquí descansan Harold y Sarah Owyhee, que un día se amaron sinceramente».

Tal era el epitafio que yo mismo había redactado para la tumba de mis padres. Ahora, aquellas palabras estaban grabadas en piedra sobre el mausoleo que albergaban los restos de ambos.

El viaje de vuelta del pequeño cementerio de las afueras de San Francisco fue muy triste. Me encontraba embargado por la nostalgia y la melancolía. Pensaba constantemente en las circunstancias que habían hecho infelices a mis padres, y al dramático desenlace que había acabado con la vida del general.

Tenía en mi bolsillo docenas de telegramas de condolencia, algunos de ellos, procedentes de Washington.

Junto a ellos había un papelito. Era un informe de los laboratorios Van Simks.

Decía simplemente: «Comprimidos de base almidón, conteniendo sustancias sedantes inofensivas».

Es decir: Diane no había intentado envenenarme, como yo había sospechado puerilmente.

A fin de cuentas... ¿qué hubiera ganado ella con mi muerte? Nada en absoluto.

A la vista del informe de los laboratorios, comprendí que mi cerebro estaba algo trastornado por el cúmulo de acontecimientos ocurridos en los últimos días.

Sin embargo... no todo era tan inofensivo como la bella Diane.

La tarde anterior había recibido una conferencia telefónica desde el puesto volante de policía estatal de la autopista 395.

El que quería comunicarse conmigo era el sargento McKeel.

—¿Mister Larry Owyhee? ¿Es usted mismo? Bien, creo que tengo algunos datos interesantes para usted. Hemos registrado la casa de Johnny Johnson, en Barstow. Arrugado en el bolsillo de una chaqueta, encontramos un papel. En él estaba anotada con toda exactitud su descripción, mister Owyhee. Pero no es eso todo. Hallamos también una libreta. En ella había anotaciones muy curiosas. Una fecha, la del accidente en que murieron los tres *gangsters*. Y algunos nombres. De hampones distinguidos como Johnson y sus compinches. Había un plano del trayecto que usted iba a seguir, con toda probabilidad. Según hemos deducido de las notas de Johnny, este había situado a casi una docena de hombres en

todas las estaciones y paradores de carretera desde Los Angeles a Mountain Springs. Hay nombres, direcciones. Hemos comprobado que esos hombres estuvieron vigilando toda la madrugada, en los puestos que Johnny les asignó. Todo ello parece indicar que se trataba, de un complot bien organizado para asesinarle, amigo mío. Será mejor que ande con cuidado, que no se fíe de nadie, y que permanezca vigilante las veinticuatro horas del día.

Por ser el consejo de un suboficial de policía con gran experiencia, comprendí que no se trataba de ninguna tontería.

Callé un momento, anonadado.

—¿Qué van a hacer ustedes? —pregunté luego.

—Estamos trabajando en ello, aún. He seguido, paso a paso, la conducta de Johnny durante las veinticuatro horas que antecedieron a aquella noche. Estuvo entrevistándose con algunos de sus compinches, aquella tarde. Pero no hemos podido averiguar nada acerca de la persona que le contrató, como tampoco conocemos el medio de comunicación que utilizó, para ponerse al habla con Johnny. Se lo repito, muchacho, tenga los ojos bien abiertos y todos los sentidos alerta. Usted sabe defenderse, me consta. Le tendré al tanto, si averiguamos algo más.

De las palabras de McKeel extraje mi conclusión: Nada de accidentes. Alguien había pagado a unos pistoleros para matarme.

Pero... ¿y el atentado de la montaña, en el que una furgoneta y sus ocupantes volaron en pedazos, muy cerca de mí y de Jim?

Me inclinaba a pensar que Glen Hoxie era el responsable de este último intento de asesinato.

Un obsesionado y rencoroso Hoxie, que no había dudado en intentar atravesarme con un arpón ballenero, a la vista de todos. Corroborando mi pensamiento, estaba el hecho de que Hoxie había prestado su servicio militar en una unidad de demolición.

O lo que es lo mismo: conocía muy bien el manejo de los explosivos.

Sin embargo, me costaba esfuerzo imaginar que Hoxie tuviera la capacidad suficiente para organizar un asalto como el que Johnny Johnson había llevado a cabo. Por otra parte, Hoxie amaba el dinero más que nada, y gastarse cinco mil dólares en liquidarme...

Sin contar con que no podía explicarse que él supiera la fecha de mi llegada e incluso el dato de que haría el viaje en automóvil.

Había que buscar nuevos sospechosos, sin despreciar a Hoxie.

Ninguna de las personas que yo conocía podía aprovecharse de mi muerte.

Pero estaba el rencor de Terry Sawyer. Y sobre todo, la psicosis de odio hacia los Owyhee, engendrada entre las gentes de Mountain Springs.

A la vuelta del funeral de mi padre, Stuart Delaney se preocupó de contratar un vuelo *chárter* desde San Francisco a Sacramento.

Durante el vuelo, repasando a las personas que volaban conmigo, caí en la cuenta de que no había visto al doctor Klower desde que llegué a Mountain Springs.

Llamé a Delaney y le consulté.

—¿Klower? ¡Es cierto! Juraría que no le he visto desde hace más de quince días. Bueno... tal vez decidió marcharse.

—¿Por qué, por qué razón, Stuart? —indagué.

—Finney y él tuvieron una discusión. Diferentes puntos de vista en cuanto al tratamiento médico que debía recibir el general. Ya sabes, Klower es viejo e intransigente. Finney quiso aplicarle un tratamiento más moderno y eficaz. Klower estaba muy enojado aquel día...

Solo se escuchaba el monocorde «run-run» de los motores. Delaney sacó un cigarrillo y fumó con placer.

—A propósito —murmuró, mirando hacia atrás—. Creo que mi deber es advertirte contra Prosey. Bebe exagerada y continuamente. Una noche... tuvo un ataque de *delirium tremens*. Le oí murmurar terribles amenazas contra el general, contra mí mismo, contra Mammie, a la que aborrecía. Te prevengo, Larry. Deberías despedirle. Y sobre todo, no permitas que conduzca él. Podría matarte. ¿Has observado sus manos? ¡Tiemblan demasiado! Y sus ojos están turbios siempre... No sé por qué lo hace, por qué bebe tan desaforadamente. Se diría que trataba de olvidar, o de acallar su conciencia, sus remordimientos por algo inconfesable...

Un grito de protesta se encendió en sus labios. No podía creer nada de aquello. Suponía que lo que Delaney me estaba diciendo eran solo fábulas.

Pero la protesta murió en mis labios. Acababa de recordar que Jim se había bebido casi un litro de excelente vino californiano, él solo, en Truckee.

El vino de California es demasiado fuerte para que alguien pueda beber tanto sin marearse. Por tal razón le pedí que me dejase conducir, precisamente.

Callé.

Las palabras de Delaney solo venían a aumentar más mi confusión. Pero mi padre había tenido siempre absoluta confianza en Stuart, y debía darle crédito.

—¿Sospechas de él? —susurré.

Tragó saliva. Parecía tener mucho miedo de Jim, y miró hacia atrás varias veces hasta convencerse de que Prosey dormitaba verdaderamente sobre su asiento.

—La verdad... ¡sí! Tu padre le avisaba para que pasase con él muchos ratos en la biblioteca. Le pregunté. Se sintió turbado. Respondió: «Al general le gusta mi voz. Me hace leer en voz alta alguno de esos libracos de magia». Además...

—¿Sí...? —pregunté, interesado.

—La noche que murió la infeliz Mammie... Jim fue el primero en llegar a la cocina, según él.

—Es lógico. Su dormitorio está muy cerca de allí, en el pasillo de la zona destinada al servicio, Stuart.

—La habitación de Terry estaba más cerca aún. Jim declaró que había escuchado un alarido infrahumano. Agregó que en un principio había creído que se trataba del aullido de un perro, y por eso salió del pasillo. Terry, sin embargo, no despertó sino unos minutos después... ¿por qué?

Era difícil dar respuesta a su pregunta. En realidad, mi cerebro se embarullaba más y más, a cada momento.

—Añade a eso que Jim fue condenado por asesinato. Su afición por la bebida. Y sus constantes riñas con Mammie. Sé que él la odiaba. Mammie era una mujer muy vistosa, ¿recuerdas? a pesar de sus cuarenta y tantos años. Una vez los sorprendí a los dos en la cocina. Mammie estaba furiosa. Oí algo así como «te arrepentirás si vuelves a tocarme otra vez, bastardo»...

—¿Estás acusando a Jim, Stuart? —pregunté, volviéndome de pronto hacia él.

Me miró, tembloroso, con verdadero terror en sus ojos.

—No puedo. Jim me amenazó una vez. Fue cuando tu padre sufrió un tremendo ataque nervioso. Jim y él estaban juntos en la biblioteca. Había velones encendidos y ese extraño aparato luminoso... Sentí miedo, cuando entré. Grité: «Jim, ¿qué has hecho?». Me miró con terrible fijeza. «Lárguese, señor Stuart», dijo, «si cuenta algo de lo que ha visto, tendré que matarle».

CAPÍTULO X

El suelo, los muros de roble, los muebles... todo estaba ennegrecido y carbonizado.

En las estanterías, sin embargo, quedaban algunos libros. Arrugados, medio quemados. Eran aquellos gruesos librotos encuadernados en piel que mi padre leía asiduamente.

Tomé uno, soplé sobre él y lo abrí.

Sorpresa.

No era un texto de magia o de ocultismo. El título decía: *El Oro de California. Estudios geológicos de la Gran Cuenca*.

—Te mancharás todo —dijo Delanney, junto a mí, y amablemente—. Dame ese libro. Ordenaré que lo limpien. Si sientes interés por él, ordenaré que lo restauren.

—Bien. Pero estoy pensando otra cosa. Quisiera restaurar la biblioteca. De arriba abajo.

Me miró dubitativamente.

—No encontrarás a una sola persona que esté dispuesta a trabajar aquí. Sienten verdadero terror hacia este lugar —arguyó.

—Yo buscaré a los trabajadores. El dinero tiene un gran poder, Stuart. Te lo demostraré.

Abandonamos la biblioteca. Stuart se separó de mí y yo bajé al patio.

Llovía. La lluvia era muy fina, casi impalpable. Casi agradecía su fresco contacto sobre mi rostro.

De repente, vi aparecer a Jim. Debía haber salido del garaje. Y se tambaleaba terriblemente.

Anduve aprisa hacia él, y le miré. Sus ojos estaban turbios y todo su cuerpo temblaba.

Sentí miedo, lo confieso. Pero el miedo era tan familiar para mí, desde hacía largos años, que logré dominarme fácilmente.

—Has bebido, Jim. ¿Por qué... por qué te embruteces de esa forma? —pregunté.

Abrió los labios, sus ojos vagaron enloquecidos en sus órbitas. Tuve que correr hacia él antes de que se desplomara.

Como pude, lo arrastré hasta el garaje, y lo apoyé sobre el muro, Jim era un hombre muy corpulento, y tuve que esforzarme para mantenerle así.

—¡Borracho! —grité furiosamente—. ¿Qué ocultas dentro de ti, que te obliga a beber continuamente?

Respiraba con mucha dificultad, pero logró abrir los ojos.

—No... no bebí... más que agua —farfulló trabajosamente.

Su mirada se dirigió al cubo que tenía sobre el banco de trabajo.

Confieso que no le creí, en principio.

Como un podenco, olfateé sus ropas, sus manos, incluso su aliento.

No olía a alcohol, era cierto.

—Aguarda —murmuré—. Recuéstate.

Lo dejé sentado, de medio lado, sobre el piso de hormigón granulado del garaje.

Miré el agua que contenía el cubo.

Su aspecto era inofensivo. Transparente. Toqué el agua. Estaba fresca, apetecible.

La olí, llamándome tonto por haber dado crédito a la fábula del borracho Prosey.

Era un aroma muy suave, casi inexistente. Pero el agua olía de forma desacostumbrada.

En el fondo, advertí unos ligeros posos de color blanquecino.

Confieso que estuve tentado de beber. Pero no lo hice.

Regresé junto a Jim.

Tenía los ojos cerrados, y respiraba muy débilmente.

¡Dios santo, me costó un gran esfuerzo meterlo dentro del coche y acomodarlo sobre el asiento trasero! Pero lo conseguí.

Unos minutos después, conducía a toda velocidad, cuesta abajo, hacia el pueblo.

Tuve que preguntar a unos chicos para llegar al consultorio del doctor Finney. Pero lo logré en pocos minutos.

Finney me saludó cordialmente, y se hizo cargo inmediatamente de la situación, en cuanto le expliqué mis temores.

El cubo de agua pasó de mis manos a las del médico, que lo depositó aprisa en el mismo pasillo.

Cogimos a Jim entre los dos, y lo transportamos hasta una mesa de operaciones. También Finney era un hombre fuerte, pero acusó el esfuerzo tanto como yo mismo.

Aguardé, expectante, mientras Finney inyectaba un estimulante a Jim.

Minutos después, Jim respiraba con más facilidad.

—Ha ingerido algún tóxico. Sería mejor practicarle un lavado de estómago —propuso.

Estuve de acuerdo.

El pulso de Jim había subido a ciento treinta, y su rostro estaba fuertemente coloreado.

Mientras Finney introducía la sonda por la garganta de Jim, me sentí culpable, sin poderlo remediar.

Le había llamado borracho, le había ofendido... Y Jim se encontraba bajo los efectos de un veneno. Dios piadoso.

Fumé nerviosamente un par de cigarrillos, antes de que Finney volviera junto a mí y sonriera, inspirándome confianza.

—Ha pasado el apuro —dijo llanamente—. Si no lo hubiera traído a tiempo, este hombre estaría muerto ahora, señor Owyhee.

—¿Por qué no me llama Larry, sencillamente? —propuse.

—Desde luego, Larry. A condición de que me llame Lou. Es mi nombre. Escuche, dentro de media hora, Prosey se habrá recuperado y podrá llevárselo. Pero tendré que informar a nuestro comisario de esto.

—Estaba pensando en ello. Iré a visitarlo.

—No es necesario. Yo mismo le daré la noticia. En cuanto a ese agua, voy a analizarla. ¿Quiere aguardar un momento?

Tenía un pequeño, pero muy completo laboratorio, en las traseras de la casa. Pude verlo desde el patio interior donde salí a apagar mi cigarrillo.

Quince minutos después, estaba de vuelta. No sonreía.

—Disolvieron en el agua unos miligramos de digitalina. Prosey bebió el agua y estuvo muy cerca de la muerte. ¿Cómo cree que sucedió? —preguntó.

—Lo ignoro. Escuche... —y le conté lo que había podido comprobar.

—Es extraño. ¿Pudo hablar con Prosey? Tal vez, él quiso...

—¿Suicidarse?

—No haga mucho caso de mis palabras. Lo anoto solo como una posibilidad.

—Volvamos junto a él, Lou. Veremos de intentar preguntarle.

Jim se había incorporado sobre el lecho. Su rostro estaba muy pálido y amarillento pero aún tuvo fuerzas para sonreír débilmente.

—Animo, Jim. Pasaste el peor trago —dijo, palmeándole en la espalda—. El doctor Finney dice que te envenenaron con una solución de digitalina. Ahora, quisiera que nos explicaras...

Habló.

Había estado cambiando todos los neumáticos al «Lincoln». Había trabajo duro y sudaba.

—En el garaje no hay agua. Tuve que buscarla en la cocina. Llené un cubo... O mejor, fue la propia Terry quien me lo llenó...

¡Terry! ¿Era posible que ella hubiera intentado matar a Jim? Aquella idea concordaba perfectamente con las confidencias de Stuart Delanney, participándome sus sospechas acerca de Jim Prosey.

—Bebí largamente. Y no pasó nada. Estuve como una hora trabajando. Entonces sentí sed de nuevo. Apenas bebí dos tragos. El agua sabía a rayos...

—¿Estuviste en algún momento lejos del garaje? —le pregunté súbitamente.

—Sí. Fui a llevar los neumáticos desechados al almacén del sótano. Clavé algunos clavos en el muro para colgarlos. Tardaría unos diez

minutos...

—Tiempo de sobra para que alguien entrase en el garaje, sin ser visto —observó Lou Finney.

Estaba claro. Alguien había intentado matar a Jim. Sin embargo, sentí una súbita y tonta alegría: Terry Sawyer quedaba descartada en primera instancia.

Finney se empeñó en invitarme a una copa de vino. O mejor dicho, un tubito graduado, conteniendo veinte centímetros cúbicos de delicioso vino rojo.

—Lo siento. No tengo ninguna vajilla aquí. Cuando llega el momento, son los tubos de ensayo los que me sirven para invitar a un amigo.

Apuramos el vino. Ayudé a Jim a ponerse en pie, y le acompañé hasta el coche.

Entonces me volví hacia él, y pregunté, de pronto:

—Lou... ¿también usted cree en brujería, en ocultismo y en poderes mágicos? Quiero decir si opina que la pasión del general por esos temas pudo originar desgracias para Mountain Springs.

Le vi dudar.

Luego sonrió.

—¿Sabe una cosa? Yo también me encuentro, a veces, impregnado de este ambiente. Pero razonablemente, ¡no! No puedo creer en todo eso.

—Gracias. Gracias por todo —dije. Y estreché su mano con calor.

Por el camino, no tuvimos tiempo de hablar nada.

Jim, recostado junto a mí, parecía abatido.

—¿Quién crees que pudo hacerlo? —pregunté, de pronto.

Me miró. Dudaba.

—¡No lo sé... diablos! Y me gustaría saberlo, puedes jurarlo, Larry.

—Está bien —dije, insatisfecho—. ¿Crees que podrás valerte por ti mismo? Puedo hacer que duermas junto a mí, esta noche.

—No —dijo, elevando el mentón—. Estoy bien. Pero tendré mucho cuidado, a partir de ahora. ¿Sabes? Pienso que alguien tiene un desmesurado interés en asesinarlos. A ti y a mí. Larry.

Me estremecí. Lo decía con absoluta seguridad, sin sombra de duda.

—¿Por qué, Jim? ¡Quiero saber por qué!

Meneó la cabeza, meditabundo.

—Ojalá lo supiera. La solución debe estar aquí —se golpeó la frente con un dedo—. Pero no lo sé. Despreocúpate por mí. Tengo un buen cerrojo en la puerta, y no voy a probar bocado. Buenas noches.

Cuando salí era de noche efectivamente.

CAPÍTULO XI

Seguía lloviendo sin cesar.

Atravesé el patio, sin prisas, no obstante, inmerso en mis pensamientos.

Entonces vi el pequeño deportivo blanco, junto a mi abollado «Triumph», que Jim se había encargado de subir desde el pueblo.

La portezuela estaba abierta. La abrí. Un perfume femenino impresionó agradablemente mi olfato.

Inútilmente traté de recordar qué persona de mi círculo de amistades del sexo débil lo usaba.

Me dirigía a la escalera, cuando observé aquel fugaz movimiento en la galería elevada.

Tomé la rampa, ascendí a grandes saltos y alcancé la galería. El miedo se apoderó de mí.

Todo estaba a oscuras. Yo ni siquiera tenía una linterna. A pesar de ello, anduve aprisa y llegué junto a las ventanas de la biblioteca. En el suelo había un tomo medio quemado.

Esperé unos minutos, absolutamente inmóvil. No había nadie.

Encendí el mechero, traté de ver el libro. *El Oro en California*. Extrañado, arrojé el librote dentro de la biblioteca, y volví sobre mis pasos.

Subí la escalera con cuidado. Los peldaños estaban muy resbaladizos por la lluvia y eran peligrosos.

Entré en el *living*. Diane y Delaney estaban hablando con una bella muchacha, que permanecía de espaldas a la puerta.

—Aquí está Larry —dijo Stuart, señalándome.

Oí el chillido de alegría de Marion Dallas. Y un momento después, estaba abrazada a mí, y me besaba descocadamente en los labios.

—¡Cariño! ¿Cómo pudiste hacerme esto? Marcharte sin dejarme recado siquiera... Está bien, te perdono. Me han dicho que tu padre ha muerto. Y también que eres su único heredero... ¡Larry! ¿Qué esperas para pedirme que me case contigo, amor mío?

Vi el destello en los ojos de Diane. Pero cuando se dio cuenta que yo estaba mirándola, rehuyó inmediatamente la mirada.

Aparté a Marion de mí, no sin cierto esfuerzo. La miré con detenimiento. Estaba muy guapa. Y a pesar de la época, lucía un gran descote, que permitía contemplar sus senos henchidos y perfectos.

—¿Por qué has venido? —pregunté en tono de cariñosa reconvención —. No es este el lugar más adecuado para una muchacha como tú, Marion.

—No me importa decir en público que vine solo por ti, porque te quiero. Y sé que, tarde o temprano, te casarás conmigo. No podrás

resistirte. ¡Soy una bruja, con terribles poderes...!

Delanney pestañeó, disgustado. Diane se mantenía apartada, sin mirarnos.

—Me han dicho que has heredado una montaña de dinero, Larry. Eso nos ayudará aún más a ser felices, ¿no es cierto? Verás, he pensado que podíamos irnos a Europa, en viaje de novios...

—Sácate todo eso de tu absurda cabecita, nena. No pienso casarme, por el momento —dije.

Diane me dirigió una mirada intensa. Y sonrió.

—Stuart... Será mejor que ordenes preparar una habitación para este torbellino. Y trae una botella de vino, unas copas... Hace frío, el tiempo está infernal —comenté.

—Está todo arreglado. *Miss Dallas* dormirá en el dormitorio próximo al de la señora Owyhee. En cuanto al vino... guardo algunas excelentes botellas de *sherry*. Volveré en unos minutos —respondió Stuart, sonriente.

Tenía la virtud de adivinar siempre mis menores deseos. Quizá, por eso, el general le había mantenido siempre junto a sí. Delanney era amable y servicial, divertido y apuesto... ¿qué más podía pedirle?

—No te las prometas muy felices —dije a Marion, llevándola del brazo hasta el lugar donde estaba Diane—. ¿Nos sentamos? Es agradable sentirse así, con una atmósfera caldeada y en compañía de dos hermosas mujeres.

Tomé a Diane con el otro brazo y nos sentamos.

—Es una casa muy extraña. No me gustaría vivir en ella —dijo Marion.

—Tienes razón —respondí, sonriente—. Además... está endemoniada, ¿no es cierto, Diane? Las gentes de este lugar murmuran continuamente. Y acusan a mi padre de crímenes horribles, de trato con Satanás. Para ellos somos adoradores de Belial, ¿conoces al personaje?

Marion lanzó al aire una sonora carcajada, y se inclinó sobre mí. Luego, melodramáticamente, añadió:

—Los adoradores de Belial, ¿no suena verdaderamente terrorífico? Una secta nueva y terrible... Los asesinos dotados del poder de las tinieblas, los que beben sangre en un cáliz de plata, y se convierten en cornudos a las doce de la noche...

Vi que Diane torcía el gesto. Parecía muy molesta.

—Calla, loca —ordené burlonamente—. Estás asustando a Diane, mi madrastra.

Marion miró a Diane retadoramente. Adiviné que mi pequeño demonio con faldas se disponía a atacar a Diane. Por tanto, la abracé y la besé en los labios para acallar sus palabras.

En aquel momento, Stuart penetró en el *living*. No sé si tropezó en la gran alfombra, pero las copas que traía en una bandeja fueron al suelo y se convirtieron en fragmentos, al chocar contra el duro mármol cercano al muro.

—Horroricémonos —clamó irónicamente Marion—. Romper las copas antes de que se hayan vaciado es un horroroso signo de mala suerte. Oídmelo. Sucederá algo siniestro... esta misma noche. ¡Los espíritus del mal vagan por doquier, se han posesionado de esta casa!

—¡Cállese! —gimió Diane, retorciéndose las manos.

Me apiadé de ella. Y pasé un brazo sobre sus desnudos hombros. La besé suavemente en los labios.

Marion se lanzó sobre nosotros como una gata con las uñas desnudas.

—¡Eh, eh, ya está bien! Señora Owyhee, ¿no estará pensando quitarme a Larry, ¿eh? —chilló entre bromas y veras.

Logré poner paz, y me puse en pie cuando Helen Welland penetró en el *living*, trayendo copas nuevas.

Fue ella misma la que escanció en las copas el contenido de la botella que Stuart acababa de descorchar.

Cuando tomé una copa de la bandeja, Helen me tocó disimuladamente en la mejilla.

—Iré a verle a su dormitorio, luego. Tengo algo que decirle —susurró tan bajo, que incluso a mí me costó trabajo entender lo que decía.

Marion seguía riendo y bromeando con Stuart y Diane.

Miré a Helen. Sus manos temblaban. No cabía duda de que estaba terriblemente asustada.

—Está bien —contesté—. Te esperaré.

Estuvo a punto de caer cuando giró sobre sus talones y salió del *living*.

—Vamos, Larry. Vuelve junto a mí —pidió calmamente Marion.

Habló y habló incansablemente.

Pero yo no podía escuchar lo que decía. En mis oídos resonaban únicamente las palabras de Helen: «Tengo algo que decirle». Y el miedo que vi en sus ojos era algo real, tangible.

Bebí demasiado, quizá ansioso por atenuar el nerviosismo —o el miedo—, que sentía dentro de mí.

Empezaba a ver las siluetas desdibujadas, cuando Diane propuso que cenáramos.

—No tengo apetito —me disculpé—. Tomé un par de emparedados en el pueblo.

Marion me miró intensamente, y declaró igualmente que no tenía el menor apetito...

—Cenar usted y yo solos, Stuart, sería demasiado aburrido —respondió Diane, fastidiada—. Por mi parte cenaré en mi habitación.

Un trueno formidable retumbó sobre las bóvedas del edificio.

Di las buenas noches y entré en mi dormitorio.

Supersticiosamente, dirigí una minuciosa mirada a la ventana, y comprobé que estaba bien cerrada.

Me desnudé rápidamente, y me metí entre las frías sábanas.

Apagué la luz, dejando solamente la diminuta lámpara de la mesa de noche.

No bien habían transcurrido cinco minutos, la puerta de mi habitación se abrió suavemente.

Vi una figura femenina, envuelta en un transparente salto de cama, y pensé que se trataba de Helen, la doncella.

Me incorporé sobre el lecho, y estuve a punto de lanzar un grito.

¡Era Marion!

—¡Chist! —murmuró con un dedo sobre los labios—. ¿Sorprendido?

Antes de que hubiera podido evitarlo, se había echado en mis brazos y me besaba apretadamente.

Cuando se retiró, sentí sus senos apretados contra mis labios, y un escalofrío de voluptuosidad recorrió todo mi ser.

—¡Marion! —dije—. ¿Estás loca? No es muy propio de una señorita...

—Calla. Estamos juntos, ¿no? La tormenta me asusta. Tienes que protegerme, Larry. Eres un caballero, ¿no?

—Por eso mismo. Estás en mi casa, Marion. Por favor, vete —rogué, sintiendo que se me iba la cabeza, y un calor inaguantable recorría mis venas.

No me hizo el menor caso. Un momento después, Marion estaba acostada junto a mí.

Fui a obligarla a salir del lecho y del dormitorio.

Y comprobé, asustado, que apenas podía moverme.

Debí quedarme adormilado.

Luego, como en sueños, la oí gruñir:

—Tanto presumir de hombre... ¡Quédate ahí, roncando como un diablo, Larry Owyhee!

Abrí los ojos. O mejor, solo pude entornarlos. Ella había desaparecido.

¡Dios mío, no podía moverme, ni siquiera parpadear...!

Una música horrible se dejó oír de alguna parte. ¡Muy en principio, pero atronadora, inaguantable, después...!

En realidad, no era música, sino un conjunto de sonidos discordantes y enloquecedores, emitidos por instrumentos de percusión...

Quería mantenerme despierto, consciente a todas las extrañas sensaciones que me envolvían.

Luego, noté cómo mi cama se desplazaba suavemente. Abrí los ojos...

La espantosa visión me obligó a gritar.

Docenas de esperpentos diabólicos me rodeaban, en medio de un fulgor rojizo.

—¡Nuestro, nuestro!

—¡Ha quedado prisionero de nuestro maléfico poder! ¡Utilicémosle!

Tufaradas de acre humo escarlata envolvían a aquellas figuras de pesadilla.

La música subió de ritmo. Mis oídos amenazaban con estallar, de un instante a otro.

No podía moverme. Lo deseaba con toda mi alma. Pero era imposible, absoluta y desesperadamente imposible.

Mis ojos debieron desorbitarse, cuando los diablos parecieron esfumarse en la roja humareda.

De repente, una silueta, mil veces horrenda, apareció ante mí. Era un ángel.

Un ángel maligno, cubierto de sangre desde la cabeza a los pies.

Una voz restalló con extraña sonoridad en el aire, encontrando miles de ecos en los muros.

—¡He aquí al Demonio del Crimen, del Homicidio, del Asesinato...!

El coro de siluetas infernales se aproximó a mí como una ola. Desesperado, en un supremo esfuerzo de voluntad, me mesé los cabellos, arañé mis mejillas...

Un coro infernal de chillidos entonaba una lenta y cadenciosa salmodia alrededor de mi lecho.

El diabólico ángel rojo extendía hacia mí unos brazos asombrosamente largos. Y un viento maligno sopló sobre mi rostro.

¡El Demonio del Crimen trataba de insuflarse en mi espíritu...!

—Ordénale y te obedecerá, envíale a matar, y él será tu más fiel servidor, como lo fue su padre, como lo fue su padre, como lo fue su padre—cantaban los espíritus escarlatas, agitándose en danza grotesca ante mí.

El Demonio del Crimen llegó junto a mí. Sus ojos fosforescían como dos rubíes y sus labios destilaban un líquido espeso y caliente, que cayó sobre mis brazos... ¡sangre!

Un puñal dorado vino a parar a mis manos. Traté de soltarlo, de arrojarlo lejos de mí...

—¡Dios piadoso! —gemí, trastornado—. Aleja de mí esta horrenda pesadilla.

Pero Dios no podía oírme. O las fuerzas del Averno eran, en aquel aquelarre, tan potentes que ahogaban mis gritos.

De pronto, una exhalación vivísima borró de mis ojos aquel horror.

No sé cuánto tiempo duró mi estupefacción.

Luego, abrí los ojos.

Mi dormitorio estaba vacío. Y solo la lámpara de la mesa de noche iluminaba débilmente la habitación.

Inconscientemente, alcé mi mano derecha, temiendo ver en ella el dorado puñal.

Horrorizado, comprobé que el puñal se había transformado en una brillante pistola de oro.

El cañón estaba caliente. Incluso pude percibir el olor acre de la pólvora quemada.

Me estremecí.

¿Había seguido los mandatos del Demonio del Crimen, había llegado a obedecerle...?

Un trueno largo, horrísono, debió estallar en lo alto del cerro. Sus resonancias hirieron mis oídos, e hicieron retumbar y vibrar toda la casa.

Fue entonces cuando escuché aquel grito, que me puso los pelos de punta.

Había sonado fuera, en el pasillo, sin duda.

¡Una mujer!

Una mujer en peligro de muerte. ¿O una mujer moribunda...?

Otro trueno descargó sobre la casa estruendosamente.

Miré aquella extraña pistola. Y de pronto, movido por la furia y la desesperación, bajé de la cama y corrí hacia la ventana.

De un empujón la abrí de par en par. Con todas mis fuerzas arrojé la dorada arma de fuego a las tinieblas.

Un rayo me deslumbró. Cerré aprisa, sintiendo mi rostro y mi pecho mojados.

Luego, me precipité a la puerta y salí al largo pasillo.

Mi sangre se solidificó en las venas, al distinguir el cuerpo de una mujer.

Corrí hacia allí, dando voces y gritos desgarradores.

La mujer era muy bella y estaba semidesnuda. Con la desnudez de quien ha estado durmiendo, y ha sido arrancado de la cama.

Me incliné sobre ella, y toqué sus facciones.

Era Helen Welland. Su rostro estaba transido por el horror.

Y tenía dos balazos en el pecho. No tuve que tomar su pulso para saber que estaba muerta.

CAPÍTULO XII

El comisario Hurry estuvo haciéndonos preguntas hasta las siete de la mañana.

Estábamos todos reunidos en el *living*, a medio vestir, ojerosos, fatigados.

—He telefoneado al *sheriff* del condado, Don Stenwall. Estará aquí dentro de media hora. Él, personalmente va a llevar este caso —dijo con acritud.

—¿Ha terminado con su interrogatorio? —pregunté.

Me miró acusadoramente. Había estado inspeccionando mis documentos y toda mi habitación.

—Por ahora, sí. Quiero que firmen sus declaraciones iniciales. Podrán ir a sus habitaciones, vestirse y atender a su cuidado personal. Pero nadie saldrá de esta casa hasta que llegue el *sheriff*.

Me tendió un papel. A mí, el primero. Yo sabía ya, de sobras, que entre Hurry y yo no podrían existir simpatías.

Eché una ojeada a mi declaración.

—Es inexacta —dije más por chincharle que por otra cosa—. Declaré que llamé a gritos, cuando descubrí el cadáver de Helen Welland. Y que los primeros en acudir fueron Jim Prosey y Terry Sawyer. Que los demás fueron despertados en sus habitaciones, unos minutos después. No lo ha hecho constar.

Se mordió el bigote. Pero yo mantuve mi mirada hasta que él la desvió.

—Está bien. La reharemos, si es necesario.

—Naturalmente. Cuando una persona ha sido asesinada, todos los detalles son imprescindibles. Rehaga esa declaración, y la firmaré. Ahora iré a mi habitación. Stuart, será mejor que la señora Harrison haga café para todos.

—Sí, Larry —contestó desmayadamente Delanney.

Cuando media hora después volví al *living*, todos estaban tomando una taza de café, excepto Hurry, que había salido afuera para charlar con uno de sus policías.

Llovía. O mejor, diluviaba con fuerza y estrépito.

Me dolía la cabeza terriblemente, y tenía un sabor de boca detestable.

Pero me sentía muy satisfecho, por otra parte.

Acababa de hacer un gran descubrimiento. Un descubrimiento que para mí catalogué como sensacional.

Era algo muy sencillo: había estado afeitándome en el cuarto de baño de mi dormitorio.

Me había mirado al espejo, naturalmente. ¡Y había descubierto unos arañosos en mis mejillas...!

Como un aluvión, volvió a mí la terrorífica pesadilla de la noche anterior.

Recordaba mi desesperación, cómo logré agarrar mis cabellos y... añar mi rostro.

Deducción: ¡no había tal pesadilla, sino sencillamente todo había sido real... hasta cierto punto!

La verdad me inundó con su fuerza abrumadora... Me habían drogado, me habían administrado una droga paralizante.

Y me habían mostrado una escena infernal de pacotilla, habían montado un grotesco espectáculo... ¿con qué fin?

No había más que uno plausible: volverme loco, conseguir que mis facultades mentales alcanzasen el caos, la locura y tal vez, el crimen.

Sentí rechinar mis dientes, de intensa cólera.

Recordé aquella pistola dorada en mis manos, recién disparada. Sin duda, me habían golpeado hasta dejarme sin sentido. Y luego, tras asesinar a Helen, la habían dejado en mis manos.

La idea era perfectamente... diabólica, en verdad. La policía hubiera sido alertada. A mí me hubieran encontrado una pistola recientemente disparada en las manos, con mis huellas...

Afortunadamente, yo había reaccionado por instinto, librándome de aquel arma. Había llovido mucho durante la madrugada: el barro y la lluvia habían borrado mis huellas dactilares de la culata.

Es decir, podía estar tranquilo. Nadie podría acusarme del asesinato de miss Welland, con fundamento.

Pero mi tranquilidad quedaba destruida ante el reciente descubrimiento.

—Se han propuesto eliminarme, sea como sea —murmuré.

Pero ¿quién? ¿Por qué razón?

Ahora todos estábamos allí, sorbiendo lentamente el café, con la mirada perdida, escuchando el zumbido del viento y el rumor de la lluvia.

Hacia las diez llegó Don Stenwall, el *sheriff* del condado. Stenwall nos miró a todos largamente, como si de un momento a otro fuera a comenzar a lanzar terribles acusaciones, y después cambió impresiones. Diane, Stuart Delanney y Terry Sawyer les acompañaron para hacerles más fácil el trabajo.

Tardaron algo más de una hora. Naturalmente, uno de los policías regresó con mi revólver.

—Señor Owyhee, ¿es suya esta arma? —preguntó con terrible acento Stenwall.

—Desde luego. Poseo la correspondiente licencia. ¿Quiere verla? —dije.

Me la quitó de las manos, y la olfateó como un podenco. En su

expresión advertí cierto desencanto, pero inmediatamente volvió a la carga.

—Debo decirle que tendré que quedarme con el arma. Solo unas horas. Para comprobar si las balas que mataron a Helen Welland salieron de este revólver.

—Eso... es muy impertinente, *sheriff*. Pero está en su derecho. Puede llevarse el revólver.

—Perfectamente. Dígame, Owyhee —pronunció groseramente—, ¿a qué se dedica usted en Los Ángeles?

Sonreí. Saqué mi documentación, le mostré la licencia para ejercer el Derecho, y le advertí que trabajaba para la *Bates Organization*.

Pareció muy impresionado, y su voz se tornó más amable y suave cuando volvió a hablar:

—Tenga, señor Owyhee. Siento tener que molestarle, pero...

—... Es su deber —rechacé, burlonamente.

—Exactamente. Ahora quisiera hablar a solas con James Prosey.

Comprendí lo que acababa de suceder: Hurry le había hablado de Jim, le había hecho saber que mi chófer había cumplido una condena por asesinato...

Comprendí a Jim. Pero no podía hacer nada por ayudarle, de momento.

Delaney señaló un despacho al *sheriff*. Allí fue llevado Jim. Un policía quedó en la puerta, de vigilancia.

Terminé de fumar un cigarrillo, y me acerqué al gran ventanal que daba sobre el abismo.

Pensé en Helen, la desgraciada y bonita Helen. ¿Tan importante era lo que tenía que decirme como para que alguien la asesinase?

Veinte minutos después, Jim salió del despacho y fue llamado Delaney.

Me acerqué a Jim. Me comprendió, sin necesidad de preguntas.

—Quería hacerme confesar, Larry. Stenwall me ha presionado mucho. Pero yo no podía decir que había asesinado a Helen, porque no era cierto. Ha sido duro y desvergonzado conmigo, pero nada ha conseguido.

—Lo celebro, Jim. Pero el asesino o la asesina está entre nosotros. Lo que ignoro es si Stenwall será capaz de desenmascarlo —murmuré.

Hacia las doce, el *sheriff* había terminado de interrogar a todos sus sospechosos.

Reunidos de nuevo, nos miró con severidad, y advirtió:

—Podrán moverse libremente por Mountain Springs, pero no podrán abandonar la localidad. Por lo demás, la casa estará vigilada por dos de mis hombres, durante las veinticuatro horas.

Se marchó. En cuanto hubo desaparecido, los comentarios se desataron. Yo no presté mucha atención: estaba pensando en todo lo ocurrido la pasada noche e incluso la anterior.

Estaba tratando de recordar cuántos fantoches con disfraz de diablo habían aparecido en mi sueño... ¿cinco, seis o tal vez siete?

Eran otros tantos asesinos contra mí. Reí, pensando que Stenwall buscaba un solo asesino, cuando yo necesitaba desenmascarar seis o siete.

—¿Preocupado, amor mío? —Marion me obligó a respingar, de sorpresa.

—Ah, eres tú. Escucha, Marion, es cierto, estoy muy preocupado. Alguien trata de eliminarme —dije.

Rio a mandíbula batiente, sus senos se estremecieron atractivamente al compás de su risa.

—Estás impregnado de este ambiente, ¿eh? Confieso que todo está sucediendo de una forma tan extraña...

—Al pie de tus palabras —dije, volviéndome hacia ella—. Has resultado una magnífica pitonisa. Vaticinaste que algo ocurriría anoche... Mataron a Helen.

La vi palidecer bajo la capa de maquillaje. Pero un instante después, volvía a reír despreocupadamente.

—Tendré que creérmelo —se burló—. ¿Jugamos a adivinar cuál será el próximo muerto?

Había hablado en voz alta. Todos se volvieron a mirarnos. Me sentí incómodo. Procuré quitármela de encima, con una disculpa, y bajé a la cocina, donde ya estaba la señora Harrison.

Era una mujer muy alta, de hombros cuadrados y senos redondos y voluminosos como balones.

—Ah, señor Owyhee. A propósito, tendremos que buscar otra doncella, ¿no cree? —comentó.

Me pareció de mal tono hablar de ello en aquel momento, pero yo estaba junto al horno, y tenía abierta la trampilla de hierro.

—¿Hace mucho tiempo que no se enciende, señora Harrison? —pregunté.

Me miró como si estuviese preguntando si me faltaba algún tornillo, pero contestó de buen grado.

—Yo no lo he utilizado jamás. Es muy engorroso calentarlo. Y además, hay que limpiarlo. A mí me basta con el eléctrico —dijo.

Estaba hablando sin mirarme. Debió llevarse un buen susto porque, cuando volvió la cabeza, yo había desaparecido en el interior del gran horno.

—¿Tiene una linterna, señora Harrison? —pregunté desde allí dentro.

—¡Dios santo, buen susto me ha dado! ¡Creí... creí que se lo había tragado la tierra!

Me ofreció una linterna, y estuvo mirando mis manejos, desde la puerta del horno.

Las paredes, ensangrentadas, nada me revelaron, de momento. Pero mis

dedos palparon los ladrillos. Y finalmente, unos cuantos se derrumbaron hacia adentro, dejando libre una abertura de medio metro de diámetro.

Pasé la cabeza y los brazos, y me deslicé por el agujero, con la linterna por delante.

Un momento después, comprobaba, con sorpresa, que me encontraba en el sótano.

Mi idea había resultado: a Mammie Sawyer la habían asesinado de... un susto. Alguien se había escondido en el horno, y le había dado un susto de muerte. Y ese alguien había tenido que realizar un agujero a través de los ladrillos, desde el sótano, para llegar allí, pues Mammie rara vez abandonaba su cocina.

Iluminé el sótano, la escalera que provenía de las cuerdas, donde ahora no había ya ningún caballo.

Al otro extremo, donde el edificio se pegaba a la falda de la montaña, se había abierto una gran entrada en el grueso muro.

Sin duda, mi padre había empezado a construir allí su bodega. Se trataba de profundizar en la roca y desalojar un espacio suficientemente grande para que sirviera de bodega y lagar. Vi brillar algo en la tierra. Lo cogí. Eran fragmentos de los cristales de unas gafas.

Ahora la gran entrada estaba completamente rellena de tierra y piedras. Jim se había referido a aquello: el general había dejado la obra, apenas iniciada... ¿por qué?

Era una de tantas preguntas que no podía responder.

A través del agujero, que daba al horno, escuché los alarmados gritos de la señora Harrison, y decidí volver.

La pobre mujer había metido la cabeza por la puerta del horno, y se había atrancado allí, sin poder moverse.

La ayudé. Un momento después, estábamos los dos en la cocina, sacudiendo mutuamente nuestras ropas, manchadas de polvo y hollín.

—Santo Dios, señor —murmuró—. Temí que hubiera sufrido algún accidente...

—Gracias, señora Harrison. Voy a pedirle un pequeño favor. Vaya arriba y encuentre a Jim. Quiero hablar con él, sin que los demás lo sepan —dije, adoptando un ridículo aire de complicidad.

—Puede confiar en mí, señor. En un momento estaré aquí, de vuelta.

Jim puso una cara muy rara al verme lleno de polvo y con la cara embadurnada de hollín, pero no preguntó nada.

—Jim, voy a confiar plenamente en ti —dije, mirándole a los ojos.

—Desde luego, Larry. ¿Qué es ello?

—Necesito que contrates a un par de hombres, por lo menos. Dos peones.

—No será posible. Nadie querrá venir aquí —contestó.

—Lo sé. Pero podrás ofrecerles cincuenta dólares diarios. Estoy

dispuesto a pagar muy bien a los que quieran venir.

—A pesar de ello —dijo, moviendo la cabeza—, no lograremos nada. Excepto que Bill quiera venir.

—¿Quién es Bill? —pregunté, interesado.

—El sobrino de la señora Harrison. Trabaja en la estación de servicio. Es un buen chico, muy fuerte y resistente. Se lo diré.

—Dígale que su tía quiere verle —intervino la señora Harrison—. Yo le hablaré. Se lo aseguro, señor: Bill hará lo que yo le pida.

—Gracias, señora Harrison. No se arrepentirán. Pero, por favor, a nadie digan nada. Jim, nos reuniremos aquí cuando Bill haya llegado. Nada sospechoso hay en que un sobrino venga a ver a su tía. En cuanto a nosotros... asegurémonos de que nadie nos ve penetrar en la cocina. En lugar de bajar por la escalera de las cuerdas, nos introduciremos por aquí...

—No comprendo una palabra —dijo llanamente el chófer.

—Está bien —susurré—. He encontrado unos pedazos de lente en la brecha abierta en el muro del sótano. Tengo una idea, una espantosa premonición, Jim. Solo vi una vez al doctor Klower, pero recuerdo muy bien que usaba lentes gruesas para miope. Como estos pedazos...

Jim miró los fragmentos de cristal que había en mi mano.

Asintió gravemente.

—¿Entonces...? —preguntó, con miedo.

—Temo que Klower no haya abandonado Mountain Springs por su propia voluntad. Tal vez le asesinaron, quizá se encuentra sepultado tras el hueco relleno de la bodega...

CAPÍTULO XIII

Tuvimos que hacer más amplio el hueco que comunicaba el horno con el sótano. Los ladrillos salían fácilmente, y pronto el vano fue suficientemente ancho para permitir el paso de Jim, que era el más corpulento.

El sótano no disponía de iluminación, pero, en breves minutos, Jim y Bill habían preparado un largo cordón con una lámpara potente, que pasaba por el horno y llegaba al sótano.

Para caso de emergencia, habíamos ingeniado un dispositivo muy sencillo de aviso: una cuerda que terminaba en un bote de hojalata colgado en un muro del sótano.

Si alguien requería nuestra presencia, la señora Harrison tiraba tres veces de la cuerda.

Cuando hubimos terminado aquellos preparativos, yo fui el último en introducirme en el horno. Detrás de mí, oí el chirrido de la trampilla, cerrada por la señora Harrison.

—Manos a la obra —dije, en cuanto puse pie en el sótano.

Jim había dispuesto picos y palas, aquella misma mañana. Y yo fui el primero en coger una de las herramientas y hundirla en el rellano.

Trabajamos agotadoramente durante dos horas, sin concedernos el menor descanso.

Un gran montón de tierra y pedruscos se había ido detrás de nosotros, y apenas habíamos avanzado un metro en la cavidad.

Tuvimos que tomarnos un descanso. Miré el reloj. Marcaba las cinco de la tarde en punto.

—Demasiado trabajo para solo tres hombres —murmuré—. No terminaremos nunca.

—Animo, señor Owyhee. Todavía podemos trabajar durante dos o tres horas —dijo Bill, alegremente, como si regresase de darse un baño.

Jim había dicho la verdad. Bill era muy fuerte y resistente. Su jovialidad, sus bromas, me animaron a seguir trabajando.

Dentro del sótano, se perdía fácilmente la noción del tiempo.

Ignoro cuánto tiempo llevábamos trabajando, aunque habíamos desescombrado para entonces unos tres metros de profundidad.

Fue, entonces, cuando Bill lanzó un gruñido de asombro, y retrocedió con el terror en los ojos.

—¿Qué... qué es, Bill, muchacho? —pregunté, tratando de mirar por encima de su hombro.

Un olor nauseabundo llegó hasta mi nariz.

—Poca cosa, señor —respondió el muchacho, tembloroso—. Buscaba un cadáver, ¿no es cierto? Pues ahí tiene... ¡tres!

Pasmados de asombro, Jim y yo nos introdujimos en la excavación, y miramos allá dentro.

Entre el relleno, sobresalían unos pies. Entiéndase, no dos pies, sino seis exactamente.

—¿Qué... qué vamos a hacer? —preguntó Bill, detrás de mí, todavía pálido.

—Creo que debiéramos seguir excavando. Tal vez haya más... —murmuré.

Jim abogaba por que saliésemos afuera e informásemos a la policía. Le vi hacer unas extrañas muecas. Un momento después, estaba vomitando en un rincón del sótano.

—¿Te atreves a continuar, Bill? —pregunté, a pesar de todo.

—Sí... Es decir, con tal de que no me dejen solo —respondió.

—Entonces, protejámonos la nariz con los pañuelos y... ¡adelante! —decidí.

Poco después, descubríamos los tres cadáveres. Uno de ellos parecía haber sido enterrado posteriormente, a juzgar por el lugar, más próximo a nosotros, que ocupaba.

A pesar de los pañuelos, el fétido olor era inaguantable.

—Con cuidado... ¡con cuidado! —clamaba Bill, cuando tiramos del primero de ellos—. O se nos quedarán entre las manos.

Iluminé el oscuro rostro con la linterna.

—¡Doctor Klower! —gritó Jim, a pesar de que era precisamente aquello lo que buscábamos.

Al fin, los otros dos cadáveres estuvieron alineados junto al del desgraciado doctor Klower.

—¿Los conocen? —pregunté.

El estado de putrefacción de aquellos dos cuerpos era muy avanzado, pero Jim los reconoció, sin vacilar:

—¡Dios misericordioso...! Creo... creo que son Harding y Lubbock, los dos albañiles que realizaron este trabajo —tartamudeó, aterrado.

—Se... será mejor que salgamos de aquí, señor Owyhee —propuso Bill, igualmente dominado por el miedo.

Consulté mi reloj. Solo eran las siete de la tarde. Y mis ojos se dirigieron al oscuro hueco de la excavación.

—Luego. Hay tiempo para eso —respondí—. Ahora, continuemos. Me siento con fuerzas para seguir trabajando. Vamos, Bill. Ayúdame. Tendrás una recompensa crecida. Jim, por favor, adelante.

Me secundaron, aunque de mala gana.

De pronto, sonó un apenas audible ruido. Y la bombilla que nos iluminaba saltó hecha pedazos.

No tardé mucho en comprender lo que estaba sucediendo.

Brilló un fogonazo en la oscuridad, fragmentos de roca hirieron mi brazo derecho...

—¡Jim, Bill! —grité, despavorido—. ¡Al suelo!

Escuché la maldición de Jim, el resoplido de terror de Bill.

Mi mano buscó inútilmente el revólver: Stenwall se lo había llevado.

Me desesperé. Agarré un pedrusco, y lo lancé al otro lado del sótano.

Tres llamas relampaguentes brotaron en la oscuridad, iluminando fugazmente un satánico rostro rojizo.

Bill tembló junto a mí, muerto de miedo.

Pero yo había agarrado otro pedrusco, y lo lanzaba ya con fuerza contra el lugar de donde habían brotado las llamaradas.

Oí una maldición, al tiempo que dos disparos sucesivos volvían a iluminar brevemente el sótano.

Luego, de repente, se escuchó una carrera acelerada.

Comprendí que el que había disparado acababa de emprender la fuga.

Arriesgando mucho, salté fuera de la excavación, tropecé con uno de los cadáveres, y logré alcanzar mi linterna.

Corrí desesperadamente escalera arriba. Mis pies resbalaron y estuve a punto de rodar hacia abajo, pero finalmente conseguí conservar el equilibrio y llegar arriba.

Si el asesino me hubiera esperado en las cuadras, hubiera podido disparar a placer.

Pero llegué al patio, y nada sucedió.

Seguía lloviendo torrencialmente.

A la luz que provenía de la terraza superior, distinguí una silueta encarnada, que corría desesperadamente.

—¡Alto, alto, deténgase o disparo! —grité, aunque de sobras sabía que aquel individuo, sea quien fuere, podía volverse y disparar contra mí.

Pero no se detuvo, sino que aceleró su marcha, tratando de alcanzar el túnel de entrada al edificio.

Se me escapaba, no podía remediarlo. Tenía la solución al alcance de mi mano, pero la maldita suerte...

Ni siquiera podía competir con él en la carrera, pues me encontraba fatigado y sudoroso, después de varias horas de rudo trabajo en el sótano.

Entonces, súbitamente, surgió un chorro de luz desde el camino.

Vi cómo el «diablo» retrocedía a toda prisa, con la pistola en la mano todavía.

Di un grito de júbilo, y corrí hacia él, de forma suicida.

Entonces penetró en el patio el coche policíaco del *sheriff*.

El policía que conducía, debió frenar a fondo, porque oí el chirrido quejumbroso de los frenos, y el automóvil patinó espectacularmente sobre las mojadas losas.

—¡Deténganlo! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Es un asesino, disparó contra mí y otros dos hombres...!

El «diablo» rojo había ascendido la escalera, y corría por la galería superior.

Corrí tras él, con Stenwall y otros dos policías a la zaga.

—¡Cuidado! —avisó el *sheriff*—. He visto una pistola en sus manos.

—Si tuviera balas... —contesté, sin volverme—, ¡es seguro que habría disparado ya contra ustedes...!

Llegué, frenando, a la esquina. La galería torcía allí en ángulo recto, y se alargaba sobre las ventanas de la biblioteca.

Torcí con cuidado... y recibí un tremendo puñetazo en las narices, que dio conmigo en tierra.

Afortunadamente, Stenwall llegó inmediatamente, y me sostuvo al borde de la balaustrada. Había una caída de casi treinta metros, lo que suponía que, si me hubiera despeñado, no habría podido contarlo.

Atontado, escuché los pasos del asesino, alejándose.

Detrás, el policía que acompañaba al *sheriff*, siguió en pos del «diablo».

Ni siquiera sabía dónde terminaba aquella galería.

—¿Está bien? —me preguntó Stenwall, preocupado.

Respiré hondamente y asentí.

Perseguido y perseguidor habían desaparecido de nuestra vista.

Luego, escuché aquel rumor en el tejado de pizarra.

¡El asesino había logrado subir al tejado...!

—¡Alto, en nombre de la ley! —oímos el grito de aviso del agente de Stenwall.

—¡Alto, alto o disparo...!

Luego, sonó un estampido, dos...

Se oyó el baque de un cuerpo destrozando las losas de pizarra.

Un alarido tremendo nos inmovilizó.

Luego un bulto pesado, una sombra rojiza, cayó velozmente hacia las rocas del acantilado.

—¡Aprisa, señor Owyhee! ¿Quiere guiarnos hasta abajo? Tal vez, ese tipo esté aún con vida —me acució el *sheriff*.

Bajamos al patio.

En la puerta del vestíbulo estaban Stuart Delanney, Diane, Marion, Jim y Bill, mirándonos con ansiedad.

Sin hacer caso de sus preguntas, atravesé el patio y alcancé el camino, con Stenwall y sus hombres a la zaga.

Tuvimos que seguir más de cincuenta metros y caminar sobre las rocas para volver a subir hasta el lugar donde yacía un bulto rojo.

La horrible máscara fue apartada por el *sheriff*, de un manotazo.

—¡Hoxie! —grité—. Glen Hoxie.

Stenwall se inclinó sobre él y le palpó, tomó su pulso.

Hubo un leve movimiento en los labios de Hoxie. Stenwall, nervioso, se inclinó aún más sobre él.

—¿Me escuchas, Hoxie? Todavía puede hablar. ¿Reconoce que asesinó a Helen Welland? ¡Conteste! —exigí con fuerza.

Los labios volvieron a moverse. Pero ni un solo sonido salió de ellos. Luego, Hoxie inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

—Creo que asintió con la cabeza —dijo el *sheriff*, esperanzado—. Eso supondría que él era el asesino de *miss* Welland.

Le miré escépticamente. Pero no tenía ganas de discusión, sino de volver arriba.

Entretanto, Stenwall estaba arrancando una pistola de la mano agarrotada del cadáver.

CAPÍTULO XIV

La casa había quedado sin protección policiaca, Marion cada vez se volvía más empalagosa. Llovía sin parar.

Stenwall me había devuelto el revólver, con una disculpa. Y yo estaba pensando en lo extraño del hecho de que Hurry no hubiera informado a Stenwall del envenenamiento de Jim Prosey. ¿O tal vez se había olvidado Finney de decírselo a nuestro comisario?

En el laboratorio habían examinado los proyectiles encontrados en los cuerpos de Harding, Lubbock —los dos albañiles— y el del doctor Klower. Las tres balas habían sido disparadas por la pistola que llevaba Hoxie aquella noche.

Hacia las cuatro de la tarde, llegó Bill, que había ido a comprar algunas cosas al pueblo, y a tratar de convencer a Hendrix de que nos pusiera una instalación eléctrica en el sótano.

—Hendrix dijo que vendría. Pero no pudo precisar cuándo —dijo Bill, cuando se reunió conmigo—. Por cierto, ocurrió algo extraño. Me hizo pasar Sally, su esposa. Hendrix estaba en el baño. Oí que Sally decía: «Algún día vas a quemarte la cabeza, con tanto decolorarte el pelo con amoníaco». ¿No es con amoníaco con lo que se decoloran los cabellos...?

—Exactamente —dije, bajando la voz—. ¿Qué diablos puede...? ¡Ahora lo comprendo! ¡Hendrix se está tiñendo el cabello! Es un embaucador. Sus cabellos no encanecieron aquella noche, según contó, sino que... ¡se los tiñó!

—Pero... ¿para qué, pregunto yo? —inquirió Jim, estupefacto.

—Hoxie y él, y quizá algunos más, crearon la fábula de que mi padre realizaba tenebrosos experimentos relacionados con el diablo. El cabello cano de Hendrix podía colaborar mucho a hacer creer el cuento a las gentes, ¿comprendes?

A las cinco llegó el doctor Finney. Estuvimos tomando café y charlando.

—Me duele decírselo, Larry. Pero los ciudadanos están alarmados, sumamente excitados. No me extrañaría que alguna noche se presentaran aquí, en masa. Dígame, ¿por qué no coge sus cosas y se marcha? Ellos se considerarían satisfechos con ello. Solo quieren que los Owyhee desaparezcan.

Miré a Finney extrañamente. Poco después, murmuré una disculpa, y le dejé en compañía de las mujeres.

Bill y Jim me esperaban en el sótano. Habíamos cambiado ya nuestras ropas por otras más bastas, y empuñamos los picos y las palas.

Yo trabajaba con extraña ansia, al igual que Jim. También Bill parecía acuciado por la prisa y el miedo.

De pronto, el pico que empuñaba el muchacho se rompió por el mango.

—Hay algo muy duro ahí —dijo. Y comenzó a retirar la tierra con las manos. Poco después, descubría una gran roca amarillenta, muy alargada.

Jim lanzó una ruidosa interjección:

—¡Sangre de mil diablos! —gritó—. Que me maten si esto no es oro casi puro... ¡Una veta, una veta riquísima...!

—Ahí está el motivo de que quieran asesinar me —dije, resoplando con fuerza, y retrocediendo un par de pasos.

—Tú lo has dicho, Larry querido —dijo una voz metálica detrás de mí—. Y vas a morir, junto con esos estúpidos.

Me volví de un respingo, salté a atrapar mi pistola. Pero...

—¡Quieto! Hay muchas pistolas apuntándote —dijo la misma voz.

Me incorporé. Junto a la excavación, rodeándonos, había una verdadera legión de «diablos» rojos.

—¿Finney? —pregunté, con los músculos en tensión.

—Buen acierto —dijo el doctor, librándose de la careta de goma.

El diablo que estaba junto a él, hizo lo mismo. Jim murmuró una imprecación, cuando vio el rostro de Stuart Delanney.

Uno a uno, los «diablos» fueron mostrando sus rostros.

Demudado, contemplé las facciones de Hendrix, Hurry, Marion y Diane.

A una señal de Finney, Hurry y Hendrix cayeron sobre nosotros y nos empujaron afuera. Atravesamos el patio, subimos la escalera, penetramos en el *living*...

—Eres una puerca, querida Marion —dije, mirándola—. Ahora comprendo quién fue la persona que informó a estos cerdos de algunos datos. ¡Y pensar que Rod se hubiera dejado cortar una mano por ti...!

—No es hora de «requiebros», amigo Larry —Finney tenía en sus manos una pavorosa automática «German Lugger». Escucha, quiero que cedas esta casa a nombre de... Diane Alberthy, por ejemplo. Lo escribirás de tu puño y letra, y firmarás, Larry.

—No —denegué—. Si vais a matarnos, tanto da... No escribiré.

—No importa, Lou —dijo, nervioso, Delanney—. Cuando él muera, la casa estará en venta. Nosotros la compraremos y sacaremos el oro.

—Muy sencillo —me burlé—. El hombre de confianza de mi padre, dando por hecha mi muerte. Adelante, hablad, ¿quién descubrió el oro?

—Harding y Lubbock. Corrían a decírselo al general, cuando... Bueno, Hoxie, que era el contratista de la obra, los mató. Ahora, Larry, podrás saberlo todo, antes de morir...

—Nada de explicaciones —rugió Finney—. No quiero perder el tiempo. Encárgate de él, Hurry.

—No lo haré. Al fin y al cabo, soy la ley, ¿no? —dijo fachendosamente.

—Hazlo tú, Delanney.

—Lo haré, después de hablar. Quiero que Larry sepa que fui el cerebro que ideó esto. Verás...

Delanney comprendió que tendría que deshacerse del general, de una u otra forma. Como se había deshecho ya de Mammie, enterada del hallazgo del oro por una indiscreción de Diane y de Steve Smith, el mayordomo, a quién Stuart había soltado los perros hambrientos una noche.

—Aproveché su momentáneo capricho por las ciencias ocultas, la hechicería y la magia. Y traté de enloquecerlo. También lo drogaba, como te he drogado a ti, gracias a la ayuda de Finney, que me entregaba lo que le pedía. El general, sin embargo, poseía una gran fortaleza mental. Resistía. Una noche entré en su biblioteca. Leía ese libro, *El Oro de California*, donde se describe, con toda exactitud, este lugar. Llegué por detrás, y le abaté de un culatazo. Solo tuve que traer un bidón de gasolina y regarlo todo. Salté a la galería, arrojé un fósforo encendido, y alcancé la ventana de mi alcoba...

Un gruñido sordo brotó de mi garganta. E inmediatamente salté sobre Delanney. Quería matarlo, estrangularlo, aunque fuese lo último que hiciera.

Hurry me detuvo, de un culatazo en los labios. Caí al suelo. Delanney sonreía.

—¿No quieres seguir escuchando? Cuando Diane llegó aquí, comprendí que podía serme de gran utilidad. La animé a que se casara con el general. También Finney representó un valioso auxiliar. Klower había descubierto mis manejos o sospechaba de mí. Un día acusó a Finney. Tuvimos que matarle, Hoxie se ocupó de ello.

—¿Y Helen? —pregunté—. ¿Por qué la asesinasteis?

—Nos espiaba. La tarde anterior a la noche de su muerte, la sorprendí huyendo por el pasillo. Diane y yo habíamos estado cambiando impresiones en su dormitorio. Helen había escuchado cosas comprometedoras. Por eso murió.

—Hatajo de canallas, de asesinos... —murmuré, dominado por la rabia.

Delanney se acercó despacio. Y de pronto, me derribó de un patadón en el pecho.

—De nada valdrán los insultos. Escucha, todo está previsto. A tu muerte, Diane heredará todo lo tuyo, ¿comprendes? Ella es muy hábil. Nada de hermanitos subnormales ni de una madre loca, por supuesto. La conocí en el teatro. Era muy hábil maquilladora, y sabía modelar máscaras maravillosas. Por eso la hice venir...

En cuanto a Hendrix, Hoxie y Hurry, se habían visto involucrados en el asunto en contra de su voluntad, pero, luego, la posibilidad de ganar sumas cuantiosas les tentaron fácilmente hasta el límite de llegar al asesinato.

—La pequeña Marion fue la última adquisición del equipo. Tu madre me envió en dos ocasiones a Los Ángeles. Quería verte, hablarte, tenerte cerca. En vez de avisarte, querido Larry, me entrevisté con Marion, una mecanógrafa de la Organización Bates. Simpatizamos mucho. Y estuvo de acuerdo en tenerme al tanto de tus movimientos. Ahora, ella y yo vamos a ser muy ricos, como todos los demás... Y todo gracias a mí, que creé este ambicioso plan. Como puedes ver, todo ha resultado. Ahora solo queda eliminaros a vosotros tres...

Vi que elevaba su pistola, y comprendí que iba a empezar a disparar.

—¡Espera! Vas demasiado aprisa. ¿Y Terry, y la señora Harrison...? Ellas no están unidas a vuestro negocio. Hablarán...

Delanney lanzó una carcajada histérica.

—Están a buen recaudo, atadas y amordazadas. Finney se encargará de ellas, más tarde. Una inyección y... ¡zas! ni rastro, ¿comprendes?

—Aún no he terminado. Puse una conferencia en Sacramento, ¿recuerdas? Hablé con Rod Steele, de la Organización Bates. Tenía que llamarme esta noche, dándome informes completos sobre vosotros. Si no me pongo, sospechará que algo me ha ocurrido, y volará hacia aquí...

Mientras hablaba, había estado haciendo señas a Jim y a Bill. Marion había dejado su pistola disimuladamente sobre el cercano sofá.

—Me tiene sin cuidado. Diré que te marchaste a... Hawái, por ejemplo. Por otra parte, nadie podrá entrar en esta casa. He cerrado la puerta del túnel y he soltado los perros. Hay dieciséis boxers adultos. Y hambrientos. No han probado bocado desde hace dos días, ¿te das cuenta?

Le miré, aterrado. Y entonces vi avanzar unas finas piernas a espaldas de Delanney y su criminal grupo.

—¡Quietos! Mataré al primero que se mueva —dijo Terry, con los labios apretados, empuñando... una llave inglesa.

Su aviso sirvió, al menos, para obligarles a volver la cabeza. Yo di un salto y alcancé la pistola de Marion, mientras Jim y Bill acometían como dos búfalos enfurecidos a Delanney y Finney.

Hurry estaba ya disparando su revólver contra Terry, cuando le alcanzó una de mis balas.

Su cuerpo se precipitó sobre Hendrix, derribándole. Simultáneamente, Delanney disparó atolondradamente, volviéndose hacia atrás. Vi el gesto de horror en las facciones de la bella Diane, vi también el rojo rosetón en su pecho...

Finney «madrugó» mucho. Rápidamente se revolvió contra Bill, y alzó su «German Lugger». Disparé sin apuntar, rogando al cielo que el disparo fuese eficaz.

Un pedazo de plomo le vació un ojo, obligándole a gritar de forma alucinante. También Marion gritaba de horror, contemplando la sangrienta escena. Pero yo no tenía tiempo para prestarle atención.

Jim sujetaba a Delanney y machacaba su rostro a puñetazos. La pistola resbaló de sus manos, y rodó sobre la alfombra...

Me distraje unos segundos. Hendrix, el hombre de los cabellos falsamente plateados, me apuntaba con su revólver.

Di un salto y aterricé detrás del sofá. Dos avispas de plomo perforaron la piel, con un siniestro sonido.

Disparé por debajo de las patas del sofá. Hendrix lanzó un grito y se derrumbó pesadamente sobre el cadáver de Finney.

Respiré y eché una ojeada por encima del diván. Bill estaba incorporándose del suelo, respirando afanosamente, mientras Jim hacía lo propio.

Delanney, el leal y apuesto Stuart Delanney, corría a toda velocidad de sus piernas hacia la puerta del vestíbulo.

Le seguí a la carrera. Pero no pude alcanzarle. Desde la galería, al pie de la escalera, oí un gruñido animalesco que me heló la sangre en las venas.

Rugidos, jadeos, aullidos entrecortados... Delanney se había olvidado de que él mismo había soltado a dieciséis perros hambrientos y feroces...

Vi el confuso montón, el cuerpo destrozado, agitándose entre las fauces de los animales. Di un grito de horror, y comencé a disparar como un loco...

* * *

Me dio pena. La cárcel para una muchacha tan joven, ¿no le haría más daño que beneficio? Y ella me había ayudado, dejando su pistola sobre el sofá...

—Vete, Marion. No quiero volver a verte. Ahora estás a tiempo.

Me miró, dolorida, arrepentida. Puse algunos billetes en sus manos y la vi dirigirse a la salida.

Jim estaba llamando con urgencia al *sheriff* de Truckee, Don Stenwall.

Me acerqué a Terry, la miré, ansioso.

—Estoy bien, Larry. Solo algunas moraduras. Gracias, señora Harrison —murmuró, tomando la copa de coñac que la cocinera le ofrecía—. ¿Qué va a hacer ahora, Larry? Dejará este lugar, supongo.

Lo dijo con pena, con los ojos brillantes y húmedos.

—Sí —respondí—. Lo cederé a Mountain Springs. Esa veta de oro servirá para financiar un centro para enfermos mentales. Y tú, Terry, ¿seguirás estudiando? Nunca quisiste hablar conmigo, ni siquiera sé qué estudias...

—Estoy especializándome en investigación privada —dijo, sonriendo.

Abrí mucho los ojos. Y me incliné sobre ella, acaricié su rostro.

—¡Espléndido! Volveré a Los Ángeles. Tengo mucho dinero. Pienso invertirlo en la Organización Bates. Seré un personaje, dentro de la

empresa. Y necesitaré una ayudante muy hermosa, muy hábil y muy inteligente. Como tú. ¿Vendrás?

Sus ojos me dijeron que sí, antes que sus palabras. Entonces me incliné sobre sus labios y los besé.

Jim vino un momento después.

—Al fin encontramos el «tesoro del viejo Alex», ¿eh, Larry? —contestó.

Soltamos la carcajada a coro. Y vi que la alegría había vuelto a los ojos de Terry. Fuera, seguía lloviendo.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

{1} «*Ojo de Satanás*». (N. del E.).